

36.^a CONFERENCIA

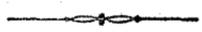


TEMA

Villamartín y los tratadistas de milicia en la España del siglo XIX.

ORADOR

DON LUIS VIDART



Señoras y Señores:

Sea este mundo la creación de un principio consciente anterior y superior á la realidad sensible; sea este mundo la manifestación de una esencialidad desconocida que produce lo mismo hombres que legumbres, y lo mismo átomos que soles; sea la vida humana parte y no más de la vida eterna del sér individual, ó sea la vida humana transitoria individualización de la vida universal, existe en el pensamiento y en la conciencia una exigencia moral, un imperativo categórico, como lo denominaba el insigne Kant, que nos dice: «haz lo que debas y suceda lo que quiera.» Este imperativo categórico, esta obligación moral, es lo que me trae hoy á este sitio, que de otra suerte, no debería yo ocupar ni un solo momento.

Hay ciertamente en el ejército español publicistas y oradores de tan peregrino ingenio y de tan vasta erudición, que su palabra daría alto relieve á la figura del

comandante Villamartín; figura que yo quizás, y sin quizás, no sabré presentar con toda la grandeza que á su mérito corresponde; pero es triste que frecuentemente las buenas causas tengan malos abogados. Yo, que tengo la conciencia de que los asuntos de milicia debían ser, no del exclusivo dominio de los militares, sino conocidos y bien conocidos por todos cuantos aspiren á ejercer alguna influencia en la política de su patria; yo, que tengo el convencimiento de que es un daño que la ciencia de la guerra no sea estudiada más que por algunos, y no muchos, de los que siguen ó hemos seguido la carrera de las armas, he procurado propagar su conocimiento desde la cátedra del Ateneo de Madrid, explicando durante años y años sobre materias militares. Pero no basta la buena voluntad; es preciso, para divulgar ideas que no tienen la aquiescencia de la mayoría, reunir condiciones de elocuencia, de que yo desgraciadamente carezco.

Sin embargo, y á pesar de todo lo dicho, doliéndome yo de que en las *Conferencias históricas* que en el Ateneo de Madrid se están explicando no apareciese el nombre del tratadista de milicia D. Francisco Villamartín, me he impuesto la tarea de dar á conocer los merecimientos de tan ilustre escritor, en la medida que me sea posible, porque, como vulgarmente se dice, quien da lo que tiene, no está obligado á más.

El olvido en que yacen, por regla general, los nombres de los escritores científicos es verdaderamente doloroso. Los pueblos no conceden los laureles de la celebridad más que á los soberbios conquistadores, á los filósofos eminentes, á los grandes poetas; pero los escritores de ciencias segundas, digámoslo así, rara vez alcanzan la notoriedad. Hoy mismo es muy corto el número de personas que conocen los nombres de los inventores de la navegación por medio de las máquinas de vapor, de los caminos de hierro, de la fotografía, de

la telefonía y de la aplicación del cloroformo; y en cambio, apenas habrá personas que no sepan el nombre de ciertos filósofos, literatos y poetas. Podrá haber muchas personas que no hayan leído las obras de Cervantes, pero todos saben su nombre; podrá haber muchos que no sepan quién fué Séneca, pero en el lenguaje popular, del necio, muy pagado de sus conocimientos, se dice que *se cree un Séneca*, y cuando se quiere enaltecer el saber de alguna persona se afirma que sabe más que Séneca. El olvido que persigue á los tratadistas de ciencias *secundarias*, si vale el adjetivo, tiene su explicación y su razón de ser. Ciertamente que en la humanidad esos árduos problemas de la vida y de la muerte, de los fundamentos y del origen de la creación; esos problemas que abrazan la vida entera del hombre y aún de la humanidad, preocupan á todo el mundo, porque á todos interesan; y las personas que en tan altas especulaciones científicas se distinguen son conocidas en todos los tiempos y en todos los pueblos. Del mismo modo el poeta que consigue mover los sentimientos de las muchedumbres ejerce con sus obras una influencia directa en la opinión, y su nombre vive en las páginas de la historia. No sucede lo mismo al escritor científico. Así se ha dado el caso en España de que hubiera un escritor del siglo XVIII, cuyas obras fueron traducidas al alemán, al italiano y al francés; escritor alabado por todos los extranjeros; escritor que había conseguido que en las célebres Memorias de Trevoux, donde se dijo que en España no se escribían libros dignos de mencionarse, se le consagrara un largo y encomiástico artículo; y este escritor, sin embargo de su singular mérito, estaba tan completamente olvidado que al conmemorarse el segundo centenario de su nacimiento, no faltó quien dijo que los que habíamos promovido aquella gloriosa conmemoración habíamos *inventado un tratadista de milicia*. Esto es lo que sucedió al cele-

brarse el centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, y esto mismo habría pasado al comandante D. Francisco Villamartín, si por una feliz casualidad, que después explicaré, no se hubiese conseguido llamar la atención pública de sus contemporáneos sobre sus altísimos merecimientos científico-militares.

La dificultad de los escritores científicos para alcanzar la gloria póstuma, da motivo á pensar que es preciso gran abnegación para consagrarse á un género de estudios en que no se adquiere fama ni provecho pecuniario, y de este último punto se hallan pruebas evidentes en la biografía de Villamartín.

Para comenzar á ocuparme del asunto de esta conferencia, será preciso que recuerde á la ligera el estado de la literatura militar en nuestra patria á principios del presente siglo. España tiene una tradición gloriosísima en la historia de su literatura militar. En la Edad Media, en aquella noche de los tiempos, teníamos un escritor enciclopédico como San Isidoro de Sevilla, que había recopilado y expuesto lo que entonces se sabía acerca de las cuestiones militares; teníamos al Infante D. Juan Manuel, que también había escrito didácticamente y con gran conocimiento sobre asuntos de milicia; y teníamos la parte que se consagra en las Partidas á la legislación de la fuerza armada, que es tan notable como todo lo que constituye aquel inmortal Código.

En el Renacimiento, nuestros escritores militares habían sido traducidos á todos los idiomas europeos. Teníamos tratadistas como D. Bernardino de Mendoza, Escalante y D. Sancho de Londoño; teníamos historiadores de sucesos militares, tan notables como D. Francisco Moncada, D. Diego Hurtado de Mendoza, y don Francisco Manuel de Melo; pero aquella honrosísima tradición de la Edad Media y del Renacimiento cayó en lamentable olvido.

Por excepción, y excepción muy gloriosa, se señala

en el siglo XVIII el nombre del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, que residió gran parte de su vida fuera de España; pero á principios de este siglo apenas puede decirse que teníamos literatura militar. Había efectivamente un misionero muy célebre en Andalucía, Fray Diego de Cádiz, que escribió un libro titulado *El soldado católico en las guerras de religión*; había también algún escritor adocenado que trataba las materias militares, pero sin seguir el movimiento de progreso que ya había adquirido la ciencia de la guerra en otros pueblos europeos.

Concluyó la guerra de la Independencia, y cayó vencida la causa de la libertad en 1823, y entonces aquellos acontecimientos tristísimos de la reacción absolutista, produjeron algunos escritores militares, porque varios oficiales *impurificados* que no tenían medios de subsistencia, se dedicaron á escribir, ó traducir obras de milicia.

En esta época, el entonces teniente ó capitán de artillería D. Juan Barbaza, publicó un compendio de arte militar que no deja de tener algún mérito; y en aquella época también otro capitán de artillería D. Ramón de Salas, para conseguir ser *purificado*, se cuenta que escribió un poema muy célebre, aun cuando no sea fácil de mencionar el asunto sobre que versa; poema que promovió la regia sonrisa de Fernando VII y contribuyó á declarar limpio de todo pecado político á su muy ingenioso autor. Dicho D. Ramón de Salas también publicó por aquel entonces su conocido *Memorial histórico de la artillería española*, obra estimable, aunque mucho más breve que lo que su asunto requería.

Andando el tiempo, el Conde de Clonard, D. Manuel Varela y Limia, y otros escritores, han tratado los asuntos de historia militar, más bajo el punto de vista erudito, que bajo el punto de vista científico-militar. Se publicaron, sin embargo, algunos tratados de arte mi-

litar que no carecen de relativa importancia. El primero fué el que publicó estando emigrado en Londres el general D. Evaristo San Miguel, que se titulaba *Elementos del arte militar*. En este tratado se apunta una idea que hoy comienza á germinar en gran número de escritores, así nacionales como extranjeros, la unión de la parte facultativa que tienen los cuerpos de artillería é ingenieros en un solo cuerpo. También merece mencionarse un librito del general Aristizábal, publicado en Barcelona, que se titula *Primeros estudios militares*, los escritos del brigadier D. Juan Sánchez Cisneros, y la traducción, con algunas notas, de varias obras del archiduque Cárlos de Austria y de Jomini, hecha por el brigadier D. Francisco Ramonet.

En 1837 publicó D. Joaquín Sanz de Mendiondo un libro titulado *Filosofía de la guerra*, muy semejante al del marqués de Chambray que lleva el mismo título. También el erudito D. Antonio de Capmany á una mediana retórica la tituló *Filosofía de la elocuencia*, y un crítico dijo que *aquello* no era ni elocuencia ni filosofía. Algo parecido podría decirse de los libros de D. Joaquín Sanz de Mendiondo y del marqués de Chambray, porque en sus páginas no se justifica en modo alguno su pretencioso título.

Por los años de 1840, el comandante de infantería D. José María Esclús publicó un *Curso completo de arte é historia militar*, libro cuyo comienzo, si no es bueno, en compensación tampoco es original. Dice así: «Las ciencias y las artes han guardado en todos tiempos una recíproca armonía con la civilización de los siglos y de las naciones.»

El descubrimiento es notable, porque consistiendo la civilización en el progreso de las ciencias y de las artes, claro es que están en recíproca relación; como que es la misma cosa la civilización que el progreso de las ciencias y de las artes. Pero esto que no es nuevo,

está copiado casi al pié de la letra, del comienzo de una obra titulada *Examen razonado de las propiedades de las tres armas de infantería, caballería y artillería*, publicada por el ayudante del Emperador de todas las Rusias, Mr. Okounef; comienzo en que se afirma que «la perfección de las ciencias y de las artes está casi siempre en razón recíproca con la civilización de los siglos y de los países.» Como se vé, esto es lo mismo que decía D. José María Esclús en su *Curso completo de arte é historia militar*. Acaso el error atribuído al escritor Mr. Okounef, será un error de traducción, porque de esto hay ejemplos muy notables. Yo recuerdo, entre otros, que en un folleto traducido al español se dice en la portada: *De la servidumbre militar y de su constitución en el porvenir*.

En el texto del folleto, en lugar de hablarse de la continuación de la esclavitud militar, se dice que esa esclavitud existe, pero que hay que hacerla desaparecer; y como el título dice, *De la esclavitud militar y su constitución en el porvenir*, lo cual significa que en lo futuro ha de continuar la esclavitud militar, resulta que el título no está de acuerdo con el libro, según la traducción española. Yo sospeché si no tendría en el original alemán el disparatado título que se le atribuí; comuniqué mi sospecha á una persona que sabía alemán y que conocía la obra original, que está escrita por el ilustre Roeder, y esa persona me dijo que, con efecto, el título era: *De la esclavitud militar y de la constitución defensiva de las naciones en el porvenir*. Algún traductor de esta laya acaso sería el que hizo la traducción del libro de Okounef, y comenzó por aquella máxima de evidencia absoluta, pero por lo mismo completamente inútil; máxima que le pareció tan excelente á D. José María Esclús, que la trasladó íntegra á la introducción de su tratado de milicia. El libro del comandante Esclús, sin embargo de lo poco que promete en

su principio, no es despreciable ni mucho menos. Merece recordarse que en sus páginas se defiende ya la conveniencia de establecer el servicio general obligatorio para el reemplazo del ejército; idea que también apuntó el general Aristizábal en sus *Primeros estudios militares* que ha poco he mencionado.

En este siglo y antes de Villamartín tan sólo se puede citar en nuestra patria el nombre de un gran tratadista de milicia; el ilustre marqués del Duero, cuyo *Proyecto de táctica de las tres armas* publicado en 1852 alcanzó prontamente celebridad europea.

Este era el estado de la literatura militar en España por los años 1863, cuando el entonces capitán D. Francisco Villamartín publicó sus *Nociones del arte militar*. Villamartín tenía á la sazón 29 años de edad, y su educación científica se reducía á la que había adquirido en el Colegio General Militar. La atmósfera intelectual que le rodeaba en el ejército, el medio ambiente en que vivía, como hoy se dice, no era ciertamente ni progresivo, ni científico; y como quiera que gran parte de los conocimientos que tenemos los debemos á la atmósfera intelectual que nos rodea, de aquí el mérito más notable de Villamartín, el de revelar en su obra científico-militar el esfuerzo de su inteligencia, no el resultado de los elementos propios de una colectividad.

Publicóse la obra de Villamartín, como ya he dicho, en el año de 1863, y el Sr. Vallecillo escribió un juicio de ella, en el cual entre otras cosas decía lo siguiente:

«¡Saludemos hoy, comenzando así á honrar en vida á nuestros ingenios esclarecidos, el nombre de Villamartín, que pronto será contado, y sin temor de equivocarme lo digo, entre los más ilustres pensadores! ¡Saludemos al autor originalísimo cuya obra, única en su género, tan necesaria ha de ser al militar como provechosa al político, porque así éste como aquél, igual

utilidad han de sacar de ella para la patria y aun para sí mismos!

»No desdeñemos, pues, perseverando en nuestros hábitos de abandono, al primero que en metódico y ordenado cuerpo de doctrina dice á la sociedad en general que «Napoleon I, militarmente considerado, fué la última individualidad de otros siglos (ó como si dijéramos, los del feudalismo), y que, en consecuencia, la guerra ya no la hacen, en esta nueva era que alcanzamos, los príncipes, sino los pueblos.»

»No al que nos advierte que la primera exigencia estratégica que hay que satisfacer *es la sanción para la guerra de la opinión pública.*

»No al que anunciando, por tales antecedentes, una nueva forma de guerra, añade: «Porque los pueblos de hoy, tomando parte en la cosa pública, discuten el derecho de las causas, y dan su apoyo ó interponen su veto; y para satisfacer estas nuevas necesidades de la guerra moderna, se hace preciso estudiar y aliar las instituciones militares con las políticas, referir á un solo principio el esfuerzo común de las fuerzas del ejército y los poderes de la sociedad, y fijar la armonía entre el sistema militar de un país y el social de su ejército.»

»No al que hablando del espíritu público, de ese señor del mundo, se expresa de este modo: «Examinemos los movimientos y maniobras que precedieron á Bailén, Albuera, Talavera y Vitoria; examinemos los del grande ejército antes de Moscow, Dresde y Waterlóo: con estos mismos medios se había vencido cuatro años antes á ejércitos mejores: ¿por qué entonces no se venció? Porque un elemento nuevo tomaba parte en las batallas, y cambiaba la esencia y forma de la guerra, el espíritu público dentro de las filas y el pueblo fuera de ellas. Abrámosle paso, que él es bueno en el ataque, porque va con el ejército, y magnífico en la

»defensa, porque está en el territorio; y si no le quere-
 »mos abrir paso, él penetrará y conmoverá todo; y si
 »nos obstinamos en buscar nuestros modelos en los
 »tiempos de Federico, en hacer la guerra sin cuidarnos
 »de ese elemento nuevo, en organizar nuestros batallo-
 »nes sin darle participación, no extrañemos el ser mag-
 »níficamente derrotados con toda nuestra ciencia y
 »nuestros soberbios métodos á la francesa, austriaca
 »ó prusiana.»

»No desdeñemos al que, describiendo esta presente
 época y filosofando sobre ella, dice con tanto senti-
 miento como verdad y novedad:

«Pues bien; la guerra, que de todas las artes se sir-
 »ve y cambia de ser con los tiempos y las naciones, lle-
 »va hoy también el sello de ese espíritu del siglo (la ce-
 »leridad). En las armas han querido suprimir el espa-
 »cio, y en los movimientos el tiempo; ya la pólvora es
 »lenta y torpe, y se quiere hallar una cosa que la aven-
 »taje: la marcha de los proyectiles es corta y poco pre-
 »cisa; es necesario que la bala llegue mucho más le-
 »jos y dé en el blanco exactamente: el tiempo de la
 »carga es un tiempo precioso perdido para la muer-
 »te, y se necesitan fusiles que disparen al compás
 »que oscila la péndola del reloj. Ya no se le dice al
 »general *vence*, sino *vence hoy mismo*; ni al soldado
 »*marcha*, sino *llega, lucha*, que tu pueblo impaciente
 »espera, y desde la prensa y la tribuna te dice con eno-
 »jo que tardas.»

»No al que nos demuestra y enseña que «la lentitud
 »táctica (según el sentido en que de ella se ocupa) trae
 »la estratégica, tan en oposición con el espíritu del si-
 »glo, con las necesidades políticas de los pueblos mo-
 »dernos y con la moral de la guerra en nuestro tiempo,
 »que exigen victorias prontas y decisivas, ó la paz á
 »cualquier precio, porque el crédito, esa cadena de oro
 »que une á todas las naciones, se rompe, y porque

»nuestra generación quiere resolver en un día el problema de muchas edades».....

.....

»Al contrario, pues; saludemos al que, fundando el nuevo *Arte* en hechos significativos y repetidos, inapreciados hasta el presente por unos y atribuidos á la casualidad por otros, nos los da á conocer como necesarios resultados de la aplicación á la guerra del espíritu del siglo, para que, puesto en armonía el pueblo con el ejército, pueda aquél, como único motor, y sea esto dicho en el mejor sentido de la palabra, dar el impulso proporcionado á sus deseos y á sus medios, y operar éste desembarazadamente con la eficacia adecuada al impulso que para su acción de su motor único reciba.»

Estas apreciaciones del Sr. Vallecillo no eran hijas del entusiasmo, sino de un estudio profundo y de un conocimiento perfecto de lo que eran los autores de tratados generales de milicia que más fama alcanzaban entonces en el extranjero. En efecto; los tratadistas de milicia de este siglo que más nombre han alcanzado en Europa, son, sin duda alguna, Lloyd, en Inglaterra; Jomini y Marmont, en Francia; el archiduque Carlos de Austria, Willisen y Clausewitz, en Alemania, y Luis da Camara Leme, en Portugal. Comparando las obras de estos escritores con la de Villamartín, podemos decir, no por vanidad ó por entusiasmo patrio, sino porque es la verdad, que el libro de nuestro compatriota no es inferior á ninguno de estos tratados generales de milicia que pasaban por los mejores que en Europa se habían publicado.

No menciono los escritos militares atribuidos con más ó menos motivo al emperador Napoleon I, ni los *Discursos sobre la ciencia de la guerra* del italiano Luis Blanch, ni la obra histórica de Carrión-Nisas, porque sólo me ocupo ahora de los tratados generales de mili-

cia, que son las obras que por el género á que pertenecen puedan ser comparadas con las *Nociones del arte militar* de nuestro Villamartín.

Tampoco menciono las obras de Rustow, Marselli, Lewal y otros escritores hoy muy celebrados, porque son posteriores á Villamartín; pero leyendo las obras de estos autores es como como se ve confirmado el mérito de las *Nociones del arte militar*; en cuyas páginas se hallan muchas ideas que actualmente se presentan como novedades dignas de grande y superior alabanza.

Lo que más distingue las cualidades y avalora los escritos de Villamartín, es lo que, para expresarlo en una sola frase, podríamos llamar *intuición filosófica*. No era verdaderamente Villamartín un pensador reflexivo, un hombre de ciencia consagrado por completo á la resolución de problemas científicos, sino un hombre de grande, de poderoso entendimiento que veía, que adivinaba mucho más que lo que sabía. Así, por ejemplo, cuando se cree y se dice que en la guerra lo importante, lo decisivo, es únicamente la fuerza, y que el derecho sirve de poco, Villamartín decía, y decía con profundo sentido, que si Napoleón I en vez de entrar en España por aquellos medios bajos y rastreros, que hacen decir á César Cantú que el león se convirtió en raposa, hubiese entrado leal y francamente, declarando la guerra á España como la había declarado á otros pueblos, tal vez no hubiera tenido mejor resultado en las batallas y es probable que no hubiera conseguido más de lo que consiguió, pero seguramente no habría conseguido menos. ¿Por qué? Porque la forma en que los ejércitos franceses verificaron su invasión en España hería profundamente el espíritu nacional; y al ver que se empleaban las artes del engaño y de la mentira, esto enorgullecía y envalentonaba á aquellos contra quienes se empleaban, que acaso se decían á sí mismos: Mucho debemos valer cuando un conquistador

victorioso no se atreve á combatir lealmente contra nosotros, sino que busca medios rastroeros para apoderarse de nuestras plazas y fortalezas, en lugar de hacerlo violentamente por la fuerza de las armas. Así adquirió la nación española una conciencia de su fuerza, superior á la que tenían los demás pueblos con quienes había combatido Napoleón.

Y después de estos méritos científicos, y de esta intuición que se revela en la obra de Villamartín; después de haber tratado las cuestiones, no como entonces se entendían, sino como después habían de entenderse, hay otro aspecto también en las *Nociones del arte militar* digno de singular atención.

Villamartín consagró un escrito suyo á relatar la *Historia de la Orden Militar de San Fernando*; pero el mérito que adquirió como historiador, más que en este opúsculo que forma parte de la colección de historiadores de las Ordenes Militares, publicada por el editor Dorregaray, se revela en la parte histórica de las *Nociones del arte militar*. Villamartín en esta parte histórica tiene pocos antecesores; tiene pocos que le hubiesen precedido en el camino de historiar, según las exigencias de la crítica, la vida militar de España.

El Conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería*, dió á la indumentaria, á la descripción de los peinados y de los trajes de las tropas, una importancia muy superior á la que debía tener este ramo de la milicia, si es que esto es milicia, aún cuando en nuestros tiempos no falte quien haya prestado á tales fruslerías su atención preferente. Se había publicado también el *Resumen histórico del cuerpo de ingenieros* y la biografía del Conde Pedro Navarro, del brigadier D. Manuel Varela y Limia; el libro titulado *Capitanes ilustres y revista de libros militares* de D. Manuel Juan [Diana, y otra de menos importancia; sin olvidar la célebre *Historia del levantamiento, guerra y*

revolución de España, del Conde de Toreno, que no imitó á Thiers en sus procedimientos, porque Toreno en asuntos militares escribió como literato, pero no con la inteligencia y el estudio técnico del arte de la guerra que tanto avaloran las páginas de la *Historia del Consulado y del Imperio* del gran estadista francés, que sólo cediendo á su exagerado patriotismo quebrantó algunas veces las leyes de lo justo en la apreciación de los hechos de armas que llevaron á cabo las huestes napoleónicas.

Ahora bien, cuando esta decadencia existía en nuestros estudios histórico-militares, Villamartín en su obra creyó conveniente y necesario consagrar especial atención á estos estudios; y para justificar su conducta decía:

«En el arte de la guerra, tan necesario para la independencia y la fuerza material de las naciones, sin la que no es posible el triunfo de la razón, como no es posible la inteligencia del hombre sin la salud física; en el arte de la guerra, no tenemos otra escuela que la de alemanes y franceses; sus obras aparecen por todas partes, en la maleta de campaña del oficial, en las bibliotecas y en los colegios. Estas obras, donde se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras, plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basadas en principios y reglas aplicables á esos países y á esos ejércitos, pero de ningún modo á los nuestros, han traído á España, en cambio de algunos bienes, dos grandes males; uno, el exagerar nuestra debilidad y tener en mucho más de lo que vale la fuerza de otros países; otro, el hallarnos en una punible ignorancia, bajo el punto de vista del arte, de nuestros hechos de armas. El vulgo de nuestros militares sabe con todos sus detalles las campañas de Francia, y cree, bajo la palabra de los autores franceses, que Waterloo no debió haberse perdido, que la campaña de Rusia no

debió terminar con aquel horrible desastre, que los ataques en revuelto montón de turbas jadeantes de fatiga es el último progreso del arte, el único medio de victoria, á la vez que desconocé el paso del Garellano y niega el mérito de las operaciones que precedieron á la capitulación de Bailén.»

«Por estas razones se hace sentir más cada día, desde que se ha iniciado nuestro renacimiento, un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad.»

No el mero influjo de la palabra de Villamartín, que nunca por el solo esfuerzo individual se producen obras colectivas, sino el progreso de las ideas y la fuerza de la razón que asistía á todos los que deseaban el renacimiento de nuestra historia militar, han producido sus naturales y beneficiosas consecuencias. La historia de nuestra gloriosa guerra de la Independencia ha encontrado en el ilustre general D. José Gómez de Arteche un hábil investigador de la verdad, que ha sabido destruir gravísimos errores que pretendían erigirse en dogmas científico-militares.

Las campañas del general D. Marcelino Oráa relatadas por el teniente general Sr. Marqués de San Román, recuerdan las celebradas páginas históricas de Mendoza y de Melo, de Moncada y de Solís. Pero respecto á la sabiduría científico-militar de los generales San Román y Arteche nada tengo que decir en esta cátedra donde han resonado sus elocuentes discursos, que todos hemos aplaudido con verdadero entusiasmo.

El teniente de infantería D. Francisco Barado, en el texto del lujoso libro intitulado *Museo militar*, ha trazado el grandioso cuadro de la historia de la milicia española desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

El coronel de artillería D. Adolfo Carrasco y el capitán de la misma arma D. José Arantegui, se esfuerzan respectivamente en renovar el recuerdo de nuestros artilleros ilustres y de la historia de la artillería española en los primeros tiempos de la invención de la pólvora. El general de ingenieros D. José Almirante en dos notables libros, el *Diccionario militar* y la *Bibliografía militar de España*, ha demostrado que su claro talento no es inferior á su copiosa erudición; y es de creer que su *Historia militar de España*, desgraciadamente aún inédita, ha de ser corona y complemento de sus dos libros antes citados. Las *Notas de historia militar* escritas por los tenientes de infantería D. Pedro A. Berenguer y don Modesto Navarro forman un libro de texto, en que se da á nuestra patria el lugar que le corresponde en la historia de la milicia europea.

El comandante D. Pedro Hernández Raimundo ha comenzado á publicar un compendio de la historia militar de España que, según parece, quedará sin terminar; y es de sentir que así suceda, porque realmente este compendio reunía buenas condiciones para el estudio de la vida militar de la nacionalidad española.

La celebración del centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado ha sido causa ocasional de que se escriban varias biografías de este insigne tratadista de milicia y gran número de artículos históricos que han dado á conocer muchos pormenores de la vida militar en la España del siglo xviii.

El libro del capitán D. Juan de Madariaga, que se titula *Vida y escritos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*, es una monografía que honra á su autor; y aun cuando de menos extensión las biografías del Marqués escritas por el catedrático D. Máximo Fuertes Acevedo, el teniente coronel de artillería D. Javier Salas, y por los capitanes D. Manuel Somoza y D. José Villalba, también son dignas de elogio. El análisis de las *Refle-*

xiones militares del comandante D. Emilio Prieto, el estudio acerca de los proyectos de organización militar del Marqués, hecho por el capitán de ingenieros D. Joaquín de la Llave, y otros varios artículos que sería prolijo enumerar, han dado á conocer los altos merecimientos científico-militares del ilustre D. Alvaro Navia Osorio, tercer Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Y por no alargar en demasía esta reseña bibliográfica paso en silencio los estudios sobre las campañas del Duque de Alba, del coronel D. Julián Suárez Inclán y del comandante D. Francisco Martín Arrue; la *Reseña orgánica de la infantería española*, del malogrado D. Enrique Vicente del Rey; las obras histórico-militares, del general Ximénez de Sandoval, del coronel Mariátegui y del comandante D. Eugenio de la Iglesia y otros varios nombres y libros que acudirían á mi memoria, si yo con alguna insistencia lo solicitase.

Fuera injusto no citar, tratándose de estudios referentes á la historia militar de España, las varias monografías que ha escrito el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, monografías en que luce su autor dotes de erudición de buena ley y de sagacidad crítica que es de lamentar no se hayan empleado en obras más extensas y de mayor empeño.

Y entre los escritores militares *de la clase de paisanos*, como el Sr. Cánovas del Castillo, también merecen ser citados el Marqués de Miraflores por su biografía del experto caudillo D. Sancho Dávila; D. Andrés Borego, por su estudio sobre el sitio de París; D. Antonio Pirala, por sus historias de nuestras recientes guerras civiles, D. Serafín Estébanez Calderón, por su *Manual del oficial en Marruecos* y otros escritos, el erudito don Antonio Rodríguez Villa, y el joven escritor D. Ramiro Blanco.

Y si grande ha sido el progreso del estudio de la historia militar de España, á contar desde la fecha en

que se publicaron las *Nociones del arte militar* hasta los días que hoy corren, no es menor el que podría señalarse en la parte preceptiva de la ciencia y del arte de la guerra. Interminable sería esta conferencia si me propusiera citar los nombres de todos los generales, jefes y oficiales del ejército que han escrito sobre organización, estrategia, táctica, artillería, fortificación y demás materias que constituyen lo que D. Bernardino de Mendoza llamaba *teórica y práctica de la guerra*.

Me limitaré á recordar la excelente *Guta del oficial en campaña*, del general Almirante; el tratado general de milicia que en forma de estudios independientes está publicando el capitán de ingenieros D. Carlos Bannús; los escritos sobre división militar de España de los generales Bermúdez Reina, Coello, Dabán y Goicoechea; los tratados de milicia de este mismo general Goicoechea, del brigadier Vallejo y del coronel Marqués viudo de Medina y los folletos y artículos de Salas, Luque, Olavarría, Suárez de la Vega, Amí, Mathé, Avilés, Chacón, Espina, Arturo Cotarelo, Leoncio Mas, Parrado, Federico de Madariaga, Ramiro de Bruna, José Cotarelo, Eusebio Jiménez, Fabián Navarro, García Velarde, Alfonso Ordáx, Ignacio Salinas, José Navarrete, Cabanellas, Felipe Tournelle, Rodrigo Bruno, Buzarán y otros muchos que sería prolijo enumerar.

La cuestión de que trató Cervantes en el famoso discurso sobre las armas y las letras, pronunciado por D. Quijote, la han reproducido en nuestra época el general Sánchez Osorio escribiendo el libro titulado *La Profesión militar*, en que aparecen las artes de la guerra como superiores á las de la paz, y el ingeniero civil D. José Antonio Rebolledo publicando su estudio histórico sobre los *Héroes de la civilización*, encaminado á demostrar que Colón valía más que Gonzalo de Córdoba, Franklin más que Carlos XII y Stepheson más que Napoleon I. Como respuesta á este libro del Sr. Rebolledo

puede considerarse la obra del coronel D. Luis Martínez Monje intitulada *La Razón de la guerra*, en que la gloria de los grandes capitanes aparece justificada ante el tribunal de la filosofía y de la historia.

Tampoco ha faltado en nuestra época un poeta, militar de profesión, D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, que ha cantado en elegantes versos los lauros literarios de la milicia española, el permanente consorcio en que en España han vivido y viven las armas y las letras, que es uno de los rasgos característicos de nuestra historia literaria, según la discreta observación de los críticos extranjeros Simonde de Sismondi y los hermanos Schlegel.

Y en esta brevísima reseña del movimiento de nuestra literatura militar nada he dicho de lo concerniente á los estudios históricos y didácticos de la marina de guerra, estudios en los cuales han brillado los nombres del vicealmirante Pavía, de los capitanes de navío D. Javier de Salas y D. Cesáreo Fernández Duro, del capitán de fragata D. Ramón Auñón y del teniente de navío D. Pedro de Novo y Colson.

El amor al estudio que se nota en no pequeña parte de la oficialidad del ejército español, se hace patente recordando aquella gloriosa cátedra del Ateneo Militar ó asistiendo á la del actual Centro del Ejército y de la Armada; cátedras en que ha brillado la doctrina y la experiencia de los generales O'Ryan, Ruiz Dana, Arroquia y Servert, el ingenio inagotable del brigadier Pérez de Rozas, y las enseñanzas del coronel de artillería González Velasco, del capitán de Estado Mayor D. Luis de Torres, y de tantos jefes y oficiales cuyos nombres no menciono por no alargar en demasía esta no corta conferencia.

Las revistas científico-militares son sin duda alguna medio eficaz de promover la cultura profesional, y bajo este concepto dignos son de singular encomio el es-

fuerzo que hicieron algunos oficiales para mantener durante bastante tiempo la publicación de la excelente revista que se tituló *Asamblea del Ejército y de la Armada*; é igualmente son hoy dignos de encomio el capitán de infantería D. Arturo del Castillo, que dirige con gran acierto la ya muy acreditada *Revista Científico-Militar*, de Barcelona; el actual gobernador civil de Canarias, D. Arturo Zancada, que fundó *La Ilustración Militar* (hoy *Nacional*) y el profesor de la Academia General Militar D. Casto Barbasán que hace años publica en Toledo la revista quincenal titulada *Estudios Militares*.

Terminando aquí este rápido bosquejo del estado actual de nuestra literatura militar, volveré á tratar de Villamartín y de sus obras de milicia recordando, que además de las *Nociones del arte militar* y de la *Historia de la orden militar de San Fernando*, escribió un folleto, pequeño por su volumen y grande por su importancia. El emperador Napoleon III propuso á la Academia Francesa, la creación de una sala de ciencias militares, en la cual se dice que quería ingresar el emperador. La Academia Francesa se reunió y decidió que no podía crearse la sala de ciencias militares. Entonces Villamartín escribió un folleto titulado *Napoleon III y la Academia de Ciencias*. Para comprender la importancia de este folleto, me voy á permitir leer algunos de sus párrafos más notables. Dicen así: «Hace pocos días que el telégrafo nos ha trasmitido la noticia de un extraño suceso, cuya verdadera causa no podemos conocer, pues la que por tal se da, caréce, á nuestro juicio, de fuerza de razón, ó ha sido mal interpretada por las correspondencias de Paris. La Academia de Francia, por una mayoría de 34 votos contra 14, se ha negado al establecimiento de una sala de ciencia militar, fundándose en que tal ciencia no existe, y se ha privado de contar entre sus miembros al emperador, que,

según se dice, hubiera ingresado en esa sala. Desconocemos la estructura que tiene la Academia... y los intereses y preocupaciones que alberga en su seno; intereses y preocupaciones que, forzoso es decirlo, influyen en toda corporación, por ilustre y por independiente que sea... Aun prescindiendo de esto, puede ser que la Academia de Francia tenga poderosos motivos para no acceder á lo propuesto por Napoleon III: sin duda, la ciencia militar no debe contarse en el grupo de conocimientos de ese instituto, ó tal vez no se considere la sabiduría del emperador, y esto sería extraño, á la altura de la de un académico. No nos toca discurrir acerca de estos motivos, ni pretendemos ser medidores de talentos ajenos; pero si es cierto que el dictamen de los 34 se funda en que no existe la ciencia militar, á riesgo de que se nos tache de pretenciosos y atrevidos y se nos considere como rebeldes á la autoridad de que reviste sus juicios una asamblea de sabios, queremos decidir por nosotros mismos, si hay en el saber humano algún orden de ideas, alguna serie de principios fijos que pueda y deba llamarse ciencia militar.»

Después de algunas otras consideraciones, decía Villamartín:

«La causa primera de todo lo que existe no se halla sometida á la inspección del hombre. La segunda causa, el *alfa*, el axioma de la razón ó del sentimiento, y permitase este consorcio de ideas, cada fenómeno físico ó psicológico, cada rayo de luz que atraviesa el caos del saber humano, eso es un *principio*. ¿Y qué es la ciencia? Es el movimiento de las cosas por principios, dicen unos; el desarrollo de un principio, dicen otros; la investigación de las propiedades de todo lo que existe; la fórmula de una ley de la creación, una de las irradiaciones de la inteligencia infinita, decimos nosotros. Allí donde aparece un hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre, allí donde se verifica

un fenómeno natural ó moral cuyo génesis no ven la inteligencia y la voluntad humana, allí está el principio, de allí parte una ciencia, faceta de ese inmenso brillante que se llama *Filosofía*. Si se desciende algo más... si se quieren satisfacer las necesidades humanas, valiéndose del movimiento de un principio ó de la ley de un fenómeno natural, ese es el *arte*; porque el hombre primero ve con asombro, luego contempla con análisis, después compone por la síntesis, y, por último, imita y utiliza en beneficio suyo las fuerzas de la naturaleza.»

Pasa después á indicar la división fundamental de las ciencias, que considera divididas en *teología*, ciencia de Dios; *antropología*, ciencia del hombre; y *cosmología*, ciencia del mundo. Y cuando llega á establecer la subdivisión necesaria de estas ciencias fundamentales, al nombrar el grupo que forman las ciencias morales y políticas, dice: «Y aquí es donde nos debemos detener, porque en este grupo es donde se hallan la *legislación* y la *guerra*;» y para aclarar este concepto, así como el de la relación entre la ciencia y el arte, después de algunas consideraciones generales, escribe lo siguiente:

«Cuando el jurisperito se eleva al derecho constituyente, está en plena ciencia; si desciende al derecho constituido, á la aplicación de la legalidad ya proclamada, pasa de la ciencia al arte. Cuando discute acerca de la pena de muerte, discute un principio científico; cuando, dado el Código de enjuiciamiento y el penal, quiere aplicarlo á un caso concreto, está en el arte.»

Tratando después Villamartín de explicar el concepto de la ciencia política (para llegar por este camino á la ciencia de la guerra), señala la relación con la jurisprudencia, diciendo lo siguiente:

«Semejante es en su fundamento la política, y muy enlazada con esta ciencia (la jurisprudencia). Su principio determinante es la sociedad, como hecho preexistente y necesario: su desarrollo es el estudio de las re-

laciones sociales en su manifestación pública, y su fin es investigar lo útil y lo justo en la armonía de esas relaciones, y de acuerdo con la legislación... Pues bien: en este grupo nebuloso; en ese oscuro fondo del saber humano; ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, lo que más se destaca, aquello cuyo contorno aparente es más distinto, es la *Ciencia militar*. Veamos si corresponde esta palabra á lo que por ciencia han entendido todos los filósofos.

.....

.....

»La guerra es un fenómeno natural á la vez que social: aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu, y llega á su apogeo en la nación; continuando así la marcha misma de la sociedad, sometida á la indeclinable ley del progreso. Está en la naturaleza, porque está en el modo de ser de los pueblos; es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre; es la consecuencia de un principio del *Cosmos*. Por lo que afecta á la materia, es una ley de la creación, uno de los modos que tiene esa misma materia para cambiar de forma; suprimidla, y el equilibrio desaparece, porque habreis suprimido uno de los medios de eso que se llama *destrucción*, y todos están contados para compensarlos con las fuerzas creadoras. Por lo que afecta á la sociedad, es una ley moral; suprimidla, y el equilibrio en las fuerzas sociales desaparece, porque habreis suprimido el flujo y reflujo del océano político, la compensación de principios opuestos, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad... Los que creen en la paz perpétua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del Universo por la compensación y la lucha de ellos... La guerra es ruda, es violenta, es superior al hombre, ¿y qué no lo es? Suprimid los tormentos, las enfermedades, el calor

del estío y los hielos del invierno; suprimid la muerte misma, porque todo esto es superior al hombre, y habreis levantado otro mundo con otra síntesis... El conocimiento de la ley á que obedece ese fenómeno material y social, si no es ciencia, ¿qué es? Y por otra parte, el estudio del agente visible de esa fuerza... el ejército considerado en sí mismo como hecho coexistente con la guerra, la ley de su composición y el análisis de su poder, ¿no es también una parte de esa ciencia? ¿No es el desarrollo de un principio, la observación de un fenómeno, una eslabonada série de verdades filosóficas? Por eso no hay profundo pensador que de guerra haya escrito que no use las palabras de *Filosofía de la guerra*, *Metafísica de la guerra*, *Principios de la guerra*, *Ciencia militar* y otras que alejan de sí la idea de arte.

»Cuando se hace funcionar al ejército según su organización accidental; cuando se da la batalla, se verifica la conquista ó se lleva á cabo la expedición, esto es arte, un arte sublime que vive de todos los conocimientos humanos, pero al fin arte. Mas cuando se legisla para el ejército ó para la guerra; cuando se aprecia filosóficamente este fenómeno y se le sigue paso á paso, con la historia por guía, y se estudia la relación entre los efectos y las causas, esto es ciencia, porque es una série de principios fijos, unos observados y otros presentidos por la razón humana.»

Esta idea de que la guerra es una ciencia, era tan poco admitida en el tiempo en que escribía Villamartín, que muchos años después uno de nuestros escritores militares de ingénio más perspicaz y de erudición más profunda, el general D. José Almirante, á quien ya repetidas veces he mencionado en esta conferencia, niega la existencia de la ciencia de la guerra, y dice en su *Diccionario militar*, que siendo los autores prusianos los que nos han metido en este *atolladero* (son sus

palabras), *agarrémonos para salir de él á otro del mismo país*; y cita un pasaje de un escritor alemán, el coronel Carlos de Decker, el cual afirma en su *Táctica de las tres armas*, que la guerra tiene tres partes: una *científica*, que es preciso estudiar; otra *técnica*, que también puede aprenderse, y otra *artística*, que es puramente *intuitiva*.

Puesto que hay una parte científica, es preciso que haya una ciencia, lo cual no impide que además haya que tomar en cuenta la parte puramente *artística*, intuitiva; porque, en efecto, así como un gran preceptista de bellas artes, si se pusiera á pintar un cuadro, probablemente lo haría muy mal, de igual modo un preceptista militar no siempre sería un buen general, que una cosa es tener el conocimiento de los principios científicos, y otra cosa es saber aplicar estos principios en un momento dado.

Resulta, pues, que á pesar de lo dicho por el general Almirante, el prusiano Decker no niega la existencia de la ciencia militar. El más ilustre de los publicistas militares de la Italia moderna, Luis Blanch, proclama la existencia de la ciencia de la guerra, y enlaza el conocimiento de esta ciencia con el de los estudios económico-políticos, porque afirma, no sin razón, que las condiciones más importantes y más esenciales de la guerra son las condiciones económicas; y en cuanto al aspecto político es de tal importancia que no puede haber grandes generales y hombres de Estado que prescindan de ese aspecto de la guerra.

Las condiciones económico-políticas de la guerra hay que tenerlas muy en cuenta, para evitar lo que nos ocurría en aquella época de nuestra preponderancia militar en Europa, época en que alcanzábamos mucha gloria, pero la Hacienda estaba tan mal ó peor que hoy. Aquella gloria militar la sosteníamos con grandes dificultades, porque nuestros ejércitos carecían de las con-

diciones económicas indispensables para funcionar ordenada y regularmente.

Además de las *Nociones del arte militar*, del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, y de la *Historia de la Orden militar de San Fernando*, publicó Villamartín un libro, digámoslo así, de pacotilla, hecho para ganar dinero, porque á ello le obligaba la cortedad del sueldo de su grado militar. Este libro fué un *Manual del viajero en el Escorial*, que con las iniciales F. V. en su portada y traducido al francés hoy mismo se vende en la portería de aquel Monasterio. Ya digo que es un libro hecho exclusivamente con un fin económico, pero así y todo, como Villamartín no podía ser jamás un escritor adocenado, las apreciaciones que allí hace á menudo resultan ingeniosas y revelan al pensador de claro entendimiento.

Recuerdo, por ejemplo, una observación que hace referente á los versos que están escritos en las paredes del Monasterio. Dice: «Seguramente que estos versos no son de los primeros ingenios españoles.» En efecto, los versos que hay en la que fué habitación del rey D. Felipe II, dicen así:

En este estrecho recinto
murió Felipe Segundo,
cuando era pequeño el mundo
al hijo de Carlos Quinto.

Fué tan alto su vivir
que sólo el alma vivía,
pues *aún* (?) cuerpo no tenía
cuando dejó de existir.

Yo no acierto á comprender cómo *aún no tenta cuerpo* el hijo de Carlos V cuando dejó de existir. El hecho de que Felipe II *viviese sin cuerpo* es un descubrimiento importantísimo, pero que necesita confirmación.

Frecuente es en nuestra patria, y dispensen mis oyentes la digresión, frecuente es en nuestra patria

deslustrar notables monumentos del arte ó empuñecer grandes recuerdos históricos con versitos más ó menos malos, por no decir pésimos. Pudiera citar muchos ejemplos en confirmación de mis palabras, pero me limitaré á recordar que en el sepulcro que en la catedral de Avila guarda los restos del gran polígrafo Alfonso de Madrigal,—tan conocido por aquella frase vulgar en que se dice, *escribe más que el Tostado*, para ponderar la fecundidad literaria de algún autor,—se halla colgada una tablita donde se leen los siguientes versos:

Aquí yace sepultado
quien virgen vivió y murió,
en ciencias más esmerado,
el nuestro obispo Tostado
que nuestra nación honró.
Es muy cierto que escribó
para cada día tres pliegos
de los días que vivió,
su doctrina así alumbró
que hace ver á los ciegos.

Y aquí cabe preguntar, como término de esta digresión; ¿qué versos son peores, los de la celda de Felipe II ó los del sepulcro del Tostado?

Quedan ya mencionados los libros que escribió Villamartín, y las recompensas que obtuvo fueron las que por regla general alcanzan en España los autores de obras científicas; y ya de esto se lamentaba el P. Mariana, lo cual prueba que la cosa es tan antigua como mala y difícil de remediar.

A Villamartín le dieron la cruz *sencilla* de Carlos III en premio de su obra *Nociones de arte militar*, y fué necesario que hiciera un viaje á Paris el rey D. Francisco de Asis y que Napoleon le dijera que había en España un escritor militar de primer orden, y que se había publicado un artículo laudatorio diciendo que su obra de-

bía traducirse al francés; fué necesario, repito, que Napoleón dijera esto al rey D. Francisco, y que el general Lemery, á la sazón presente, acogiera esta imperial indicación, para que á su regreso á España se le ascendiera á comandante, en cuyo empleo murió. Por caminos que no son el trabajo y el estudio, por caminos más tortuosos, se suele llegar en España á los primeros puestos de la milicia; y no es lo malo que se llegue, sino que el espíritu público, en lugar de condenar á los que así llegan á las más altas posiciones, los dignifica y los ensalza, olvidando su pasado que suele ser algo turbio, siempre que haya sido coronado por el *dios Éxito*, que es el más moderno de los dioses, pero actualmente el más reverenciado.

Se acerca ya la terminación de esta conferencia, pero antes de que llegue, acaso sería conveniente presentar en resumen sintético el cuadro de la literatura militar de España en el siglo XIX. Si yo intentase tal empresa comenzaría por prescindir de los escritores que aún viven, porque los lazos de amistad y compañerismo que me unen con la mayor parte de estos escritores podrían enturbiar más ó menos mi personal criterio, y este inconveniente que en el relato analítico solo ocasiona leves faltas de exactitud en parciales calificaciones, en los juicios sintéticos produce necesariamente grandísimas injusticias. Así, pues, prescindiendo de los escritores militares que hoy existen en nuestra patria, en el cuadro de la literatura militar de la España del siglo XIX aparecerían en primer término dos grandes figuras históricas, el autor de las *Nociones del arte militar*, el gran tratadista de milicia D. Francisco Villamartín, y el ilustre reformador de la táctica de las tres armas, el capitán general marqués del Duero, que *adivinó*, esta es la palabra, que *adivinó* en 1852 muchas de las novedades que la guerra franco-alemana de 1870 ha venido á introducir en la forma y métodos de pelear

sobre el campo de batalla. Y después del marqués del Duero y del comandante Villamartín habría que bosquejar el retrato del general D. Evaristo San Miguel, inteligente director de la *Revista Militar*, autor de los notables *Elementos del arte militar*, ya antes mencionados; del libro titulado *Capitanes célebres*; de la *Historia del reinado de Felipe II* y de muchísimos artículos referentes á la ciencia y arte de la guerra, esparcidos en revistas científicas y en periódicos profesionales. El cuerpo de ingenieros aparecería representado por su jefe superior durante algunos años, el ingeniero general D. Antonio Remón Zarco del Valle, constante protector de todo género de estudios científico-militares; por el general Herrera García, los brigadieres Aparici, Bernaldez y Varela, el coronel D. Eduardo de Mariátegui, y otros jefes y oficiales dignos de memoria. En el arma de artillería, además del general Salas anteriormente citado, no se habrían de olvidar los escritos y merecimientos del conde de Casa-Sarria, de D. Francisco Antonio de Elorza, D. Frutos Saavedra Meneses, D. José de Odrizola y D. Francisco de Luján. Y al lado del conde de Clonard, historiador de las armas de infantería y caballería, y de las tropas de Casa-Real, se verían al brigadier Oscariz que comenzó y dejó sin concluir la historia de nuestras antiguas milicias provinciales, al general Ximénez de Sandoval historiador de Aljubarrota, las instituciones de seguridad pública y las empresas militares en Africa, y al capitán de infantería D. Manuel Seco y Shelly, que como complemento de la obra del Sr. Diana, *Capitanes ilustres y Revista de libros militares*, escribió los apuntes para un diccionario de militares escritores, que se titula *La pluma y la espada*. Y el erudito D. Antonio Vallecillo y el coronel don Serafín Olave empleando su reconocido talento en estudiar el caos de nuestra legislación militar; y el economista D. Alvaro Flórez Estrada formulando un pro-

yecto de reclutamiento muy parecido á lo que hoy se llama servicio militar obligatorio; y el sábio marino D. Martín Fernández de Navarrete, celebrado en toda Europa; y el brigadier de la armada D. Jorge Lasso de la Vega, inteligente apologista de nuestra marina de guerra; y el ingenioso D. José de Vargas y Ponce, autor de una biografía del general de la armada marqués de la Victoria y de otros escritos histórico-militares; y... Dejo sin terminar esta enumeración de los escritores que habrían de ocupar un puesto en el cuadro de la literatura militar española del siglo XIX, porque mi falta de habilidad oratoria no consigue resumir en breve síntesis las ideas y juicios que mi pensamiento considera como la más cabal expresión de la verdad histórica en el asunto de que estoy tratando. Sea lo dicho como imperfecto bosquejo del cuadro que yo pretendía trazar, y vuelvo á dirigir mi atención hacia el insigne autor de las *Nociones del arte militar*.

No se conocería de una manera completa á Villamartín, si no hablase algo acerca de las condiciones de su corazón y de su carácter; pero esta materia es tan delicada que yo, en vez de decir de palabra lo que sobre ella pienso, me voy á permitir leer un capítulo de un folleto en que bosquejé la biografía del comandante Villamartín. Helo aquí:

«Se ha dicho que la vida humana es una tragedia si nos dejamos dominar por nuestros sentimientos, y una comedia si con nuestro pensamiento friamente la analizamos; pero nosotros creemos que estos conceptos son de todo punto inexactos. Quizá el sentimiento es lo único que nos lleva algunas veces á reír... por no llorar; el pensamiento, el análisis nos convence de que en el placer presente se halla el gérmen del dolor futuro.

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!» dijo el gran Quintana: desdichado es, puede decirse, todo mortal

que nace con virtudes superiores á las que exige la moral histórica de su época; desdichado es todo escritor cuyo mérito sobrepasa el nivel intelectual del pueblo y tiempo en que vive; toda superioridad física, moral ó intelectual parece un don de la Providencia; pero frecuentemente se convierte en el señuelo que atrae las calumnias de la envidia, en la cicuta de Sócrates y el Calvario de Jesús, en la pobreza en que vivieron y el olvido en que murieron Cervántes y Camoens.

»Si se quisiera confirmar con un ejemplo, á más de los ya citados, la verdad de las desconsoladoras consideraciones que de escribir acabamos, bastaría que relatósemos aquí las profundas tristezas que amargaron la no larga vida de D. Francisco Villamartín. No ha de pasar mucho tiempo sin que publiquemos una colección de cartas de Villamartín dirigidas á nuestro amigo el coronel D. Fernando Casamayor, el cual generosamente nos las cedió con objeto de que pudiésemos servirnos de ellas en nuestros estudios acerca de la vida y de los escritos del autor de las *Noctones del arte militar*, y en los breves comentarios que acompañarán á las dichas cartas aparecerá puesto en punto de evidencia la exactitud de las indicaciones que en este escrito dejamos consignadas.

»Sólo como muestra de la importancia auto-biográfica de las cartas de Villamartín copiaremos ahora un párrafo de una de ellas; párrafo en el cual para explicar Villamartín la causa de su tardanza en contestar á una carta del coronel Casamayor, comienza la suya diciendo lo siguiente:

«Mi querido amigo: No le olvido á V. Por correspondencia, entre personas ilustradas, se conoce no solo la inteligencia, sino también el corazón, y ambas cosas valen mucho en V. para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he perdido á mi hija única, y este golpe, por razones es-

»peciales, ha sido para mí muchó más cruel, que lo que
 »hubiera sido para otros padres. No era feliz, pero yo
 »creía serlo, porque toda mi vida se concentraba en los
 »afectos de mi familia; y el vacío de hoy ha descubierto
 »otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi hija con
 »sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros,
 »los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la esca-
 »sísima protección que se me ha dado, pues si bien, por
 »un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, á
 »quien yo no conocía, se me dió la cruz de Carlos III
 »por influencia Real, el gobierno nada ha hecho; bien
 »es verdad que yo valgo poco para solicitar.»

»La impía mano del destino, hiriendo en sus más ca-
 ros afectos al eminente escritor que sólo en el seno de
 la familia encontraba la paz del alma y el olvido de
 sus desventuras; el más ilustre de los tratadistas de
 milicia nacidos en España, agradeciendo como señala-
 da merced el que se recompensase su mérito con la con-
 cesión de una cruz *sencilla* de la Orden de Carlos III, *el*
hecho de que los gastos de la impresión de las *Nociones*
del arte militar, tratado didáctico tan bueno, si no me-
 jor, que los mejores que en el extranjero se han publi-
 cado durante la presente centuria; *el hecho* de que los
 gastos de la impresión de las *Nociones del arte militar*
 ocasionase á su autor *atrasos*; digámoslo más claro,
 deudas, de las cuales jamás pudo verse libre; todo lo
 que aparece consignado en el párrafo de la carta de
 Villamartín, que aquí acabamos de copiar, es á modo
 de cifra ó somera indicación de ese drama interno que
 se desenvuelve en la existencia del sér humano cuan-
 do este sér individual pertenece al número de los pri-
 vilegiados de la Providencia, por la grandeza de su
 corazón y la profundidad de su pensamiento.

»Y justo es decirlo: el corazón, hablando con más
 exactitud, el *carácter* de Villamartín valía tanto ó más
 que su clarísima inteligencia. Como una prueba de las

altas dotes morales del autor de las *Nociones del arte militar* recordaremos aquí su conducta militar en los turbados tiempos que alcanzó durante su no larga vida.

»Las ideas políticas de Villamartín eran por extremo avanzadas. Republicano por convicción, y algún tanto socialista por ese sentimiento que excita en todo corazón generoso la continua contemplación de la miseria en que viven los desheredados de la fortuna, sus ideas y sus sentimientos parece que le llevaban á figurar entre esos militares revolucionarios, que en algunas épocas, no lejanas, han sido proclamados como héroes populares y libertadores de su patria. Bien es cierto, que muchos de estos héroes y libertadores han sido después el más fuerte dique contra los excesos de la demagogia, que, según dicen, amenaza destruir, hasta en sus cimientos, la inmejorable sociedad que hoy constituimos los felices hijos del siglo XIX.

»Villamartín no fué nunca ni libertador de su patria ni salvador de la sociedad, pues creyó que si bien tenía libertad para poder discurrir acerca de la organización que debía tener el Estado y las instituciones sociales, su deber militar consistía en obedecer al gobierno constituido, cualquiera que fuese su significación y su tendencia política. Por esta causa, el pensamiento de Villamartín estaba del *lado de allá*, y su persona del *lado de acá* del puente de Alcolea, en la batalla que decidió el triunfo inmediato de la revolución de Septiembre. Nosotros mismos hemos leído una carta de Villamartín, dirigida á su prima hermana doña Isabel de Villamartín, donde, después de hacer alguna breve consideración sobre la batalla de Alcolea y de manifestar que el general Marqués de Novaliches le había concedido el ascenso á teniente coronel, indicaba las dudas que tenía de que el gobierno revolucionario le confirmase dicho ascenso, y á pesar de esto, ter-

minaba expresando la satisfacción que sentía por el triunfo de la idea liberal, que en aquel entonces se hallaba simbolizada en la revolución de Septiembre.

»Acertadamente procedía el autor de las *Nociones del arte militar*, cuando, á pesar de sus avanzadas ideas políticas, prestaba siempre su obediencia al gobierno que *de hecho* existía en su patria, pues si bien así no alcanzaba medros personales y murió sin pasar del modesto empleo de comandante, en cambio jamás podrá ser incluido en aquella acerba censura que dirigía D. Antonio Benavides, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, á ciertos militares españoles, diciendo que en la España contemporánea la libertad la traía y la llevaba el ejército, *pronunciándose ó despronunciándose* según lo tenía por conveniente.

»Villamartín, felicitándose del triunfo de sus ideas políticas, cuyo triunfo le ocasionaba la pérdida de un ascenso en su carrera por haber cumplido fielmente lo que, según su juicio, constituye el deber militar, es un ejemplo de abnegación, digno de loa en toda época y más aún en la presente, donde el desapoderado afán de medros personales suele ser la constante norma que rige la conducta de muchos de nuestros héroes y celebridades contemporáneas.»

Hasta aquí lo que yo escribía hace cuatro ó cinco años; y ahora, continuando mi interrumpido discurso, relataré un hecho curioso. La carta que escribió el general Serrano antes de la batalla de Alcolea, parece que estaba redactada por el insigne poeta dramático don Adelardo López de Ayala, y que la contestación que á esta carta firmó el general Sr. Marqués de Novaliches, estaba escrita por el comandante Villamartín: y es coincidencia notable que estas dos personas, autores de las cartas que se cruzaron en ocasión tan solemne, se hallen hoy enterrados en un mismo patio del cementerio de San Justo, estando el monumento con-

sagrado á Ayala, casi al lado del consagrado á Villamartín.

Villamartín, cuando el general Novaliches, de quien era ayudante de campo, se negó á jurar la Constitución de 1869, siendo por esta causa privado de su empleo, fué declarado de reemplazo; y estando en esta situación ocurrió su fallecimiento en 16 de Julio de 1872. Yo era admirador de sus obras y de su mérito, pero mi voz era demasiado débil y mi esfuerzo personal muy pequeño para conseguir que su nombre fuese conocido y apreciado en todo lo que realmente merecía. Traté, sin embargo, de hacer lo que me fuera posible, y empecé por pedir un retrato suyo al Sr. Vallecillo, de quien había sido muy amigo, á fin de ampliarlo y procurar que se publicase en *La Ilustración Española y Americana*, acompañando á su biografía que yo me proponía escribir.

Tan desconocido del público era Villamartín por entonces, que D. Abelardo de Carlos me preguntó si tenía aquel escritor suficiente mérito para que *La Ilustración* publicase su retrato y biografía. Claro es que yo contesté afirmativamente á la pregunta, y el Sr. de Carlos, que me estimaba y me hacía el honor de creer que yo era competente en estas materias de milicia, fiándose en mi palabra, publicó el retrato y la biografía. Ocurría esto el año 1876; y calculando yo que la familia de Villamartín no habría comprado sepultura perpétua sino solamente por cuatro años, y que estando estos para terminar, pronto irían los restos del ilustre escritor á la fosa común del cementerio; no teniendo, por otra parte, tiempo para comprobar por mí mismo si esta sospecha era fundada, me limité á indicarla al final de la biografía, y consigné á la vez la conveniencia de que por medio de una suscripción nacional se reuniera la suma necesaria para erigirle un sepulcro monumental que guardase sus restos mortales. A poco tuve ocasión

de convencerme de que faltaba poco más de un mes para que los restos de Villamartín fueran sacados de su sepultura y arrojados al osario común; rogué que esto se aplazase por algunos meses, y me dirigí á *El Correo Militar* con una carta pidiendo que se iniciase una suscripción, que en efecto se abrió bien pronto con la expresa cláusula de que cada cuota no pudiera exceder de 20 reales, para que de este modo nadie tuviera por compromiso que imponerse ningún sacrificio superior á sus medios de fortuna. Así y todo, y con tan pequeñas cuotas, se consiguió reunir lo bastante para hacer la traslación de los restos mortales de Villamartín á una decorosa sepultura, aún no terminada, del cementerio de San Justo. La comisión nombrada para el expresado objeto fué presidida por el general D. José de Reina, y de ella formaron parte los señores D. Gaspar Núñez de Arce, presidente actual del Ateneo de Madrid, los brigadieres Sres. Puig y Clos, el director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo, los redactores de este periódico D. Arturo Cotarelo, D. Rodrigo Bruno, D. Luis Bonafóx, D. Enrique Vicente del Rey y D. Enrique Vercruysse, el diputado á Cortes don Joaquín González Fiori, el capitán D. Julio Seguí y el que en este momento os dirige la palabra. Por causas de muertes, ausencias y otras, la *Comisión-Villamartín* se halla hoy constituida en esta forma: Presidente, el teniente general D. José de Reina; vocales, los Sres. Núñez de Arce, González Fiori, Pardo, Cotarelo, Seguí y Vidart y secretario D. Luis Bonafóx.

Esta Comisión ha conseguido no solamente reunir los fondos suficientes para hacer la traslación de los restos desde el cementerio de la Patriarcal al de San Justo, y para comenzar el monumento, sino que logró, y mucha parte tuvo en ello el general Reina, que por el ministerio de la Guerra se consignase una cantidad para hacer la reimpresión de las obras de Villamartín,

destinando el producto de la venta á la terminación del monumento. El general Martínez Campos tuvo la honra, y yo me complazco en rendirle este tributo de justicia, de poner su firma en la real orden disponiendo la reimpresión; y tengo también el deber de reconocer lo mucho que en este asunto se interesaron los Sres. Marqués de Fuentefiel y Marqués de Torrelavega, antecesores del general Martínez Campos en el ministerio de la Guerra.

Algo más se había hecho por la fama de Villamartín. En la corta vida que tuvo el Ateneo Militar le dedicó una velada, en la cual se leyeron trozos de sus obras y el artículo de Vallecillo que después se ha publicado en un folleto con el título de *Apología de Villamartín*.

Esto ha sido todo lo que ha conseguido Villamartín, que es mucho comparado con lo que han conseguido otros escritores científicos. Seguramente el ejército ha dado una prueba de cultura y de entusiasmo haciendo que esta gloria nacional no perezca, porque la verdad es; que en España tenemos grandes pintores, grandes poetas y grandes novelistas, pero es muy escaso el número de nuestras celebridades científicas; y cuando aparece algún escritor científico que puede ponerse al lado y acaso por encima de los extranjeros, es cuestión de patriotismo y de honra nacional que no pase inadvertido el mérito de sus obras.

Y cuenta que en los escritores militares hay tanto mayor mérito cuanto mayor es la indiferencia pública con que luchan. Villamartín decía en la conclusión de su obra:

«En una época en que las cuestiones militares son las únicas que nada importan al público, y en un ejército si se quiere de gran amor á la práctica, pero muy poco á la teoría, no hemos titubeado en dar á luz estas incorrectas páginas, aún previendo que el único éxito de ellas sería recibir un elogio de buena sociedad en

un círculo de amigos ó una benévola frase de algún jefe del ejército.» Y después añadía: «Europa se halla en un periodo de penosa gestación; hay poderosos intereses de pueblo á pueblo y dentro de cada uno, que no rompen la lucha porque se temen; pero ella por sí misma estallará más ó menos pronto; una chispa fugaz promoverá el incendio, y el incendio, arreciado por el huracán de las pasiones públicas y alimentado por cuanto á mano hallen los pueblos y los gobiernos, arrasará los campos, preparándolos para el nuevo cultivo. Hoy, al calor de la discusión, en todos los tonos, fermentan cuestiones políticas, económicas y religiosas; y por todas partes, en la calle, en el templo, en el mercado, en el parlamento, en la corte, en el foro y en las escuelas, se ve una sociedad vieja que se rehace, una nueva que avanza, y una media que fluctúa al violento vaivén de las otras dos. Véase si esto no es un abundante semillero de guerras. Por muy remoto que esté el día del peligro, y cualquiera que entonces sea la suerte de nuestra patria, no podemos hoy adormecernos á la suave brisa de la paz que disfrutamos; que cada operario trabaje su parte de tarea con la vista fija en lo porvenir y el oído alebrestado, porque la guerra vendrá, y entonces, ¡ay del pueblo que no esté apercebido! Que se posean de esta idea nuestros oficiales, que despierten su espíritu militar adormecido por el espíritu mercantil del siglo, y purifiquen su inteligencia estragada por frivolidades literarias. Si este libro, y otros muchos mejor escritos, no bastan para conseguir este resultado, todos reunidos, si no sirven para formar escuela, servirán al menos para inspirar amor á esa ciencia en que descansa la salud de los pueblos.»

Y así es la verdad; esa ciencia de la guerra á que se da tan poca importancia, es realmente la ciencia en que descansa la salud de los pueblos. Representa el ejército, representa la parte militar del Estado, el elemento

de vida y de fuerza de la nación; y así aquel dicho latino, *Si vis pacem para bellum*, si quieres la paz prepárate para la guerra, es una eterna verdad. Es precisa la preparación para la guerra, si los pueblos han de ser respetados y no han de ver de continuo desconocidos sus derechos. Es preciso que todo pueblo tenga política exterior, porque no hay pueblo próspero sin unidad de pensamiento, y esta unidad sólo puede hallarse en la política exterior. La política exterior requiere siempre una poderosa organización militar. No es dinero perdido el que se gasta en ejército: lo que hay es que el ejército debe transformarse, como indicaba Villamartín, en la escuela militar de la nación. Es necesario que las cuestiones militares sean conocidas por todos los que aspiran al nombre de verdaderos estadistas. A este objeto iban encaminadas las obras de Villamartín, en las que siempre se procuraba popularizar las cuestiones de milicia, llevándolas, no al pensamiento y á las ideas de los militares de profesión, sino al pensamiento y á las ideas de toda clase de lectores. Y este propósito guió también al general Almirante al escribir su *Diccionario militar*; pues como él mismo dice aspiraba á que fuese leído por las personas no militares de profesión.

No habrá medio de que las instituciones militares respondan como deben responder al fin social y político de los pueblos, si las cuestiones fundamentales de la ciencia de la guerra no son por todos conocidas, y si no hay verdadero amor al estudio de estas cuestiones.

Durante mucho tiempo se ha creído que la ciencia militar debía ser conocida solamente por los que siguen la profesión de las armas; que debía ser como un arca cerrada, de la cual no tuvieran la llave más que los militares; y no sólo no es así, sino que es obligatorio para los hombres de Estado, los hombres políticos, pa-

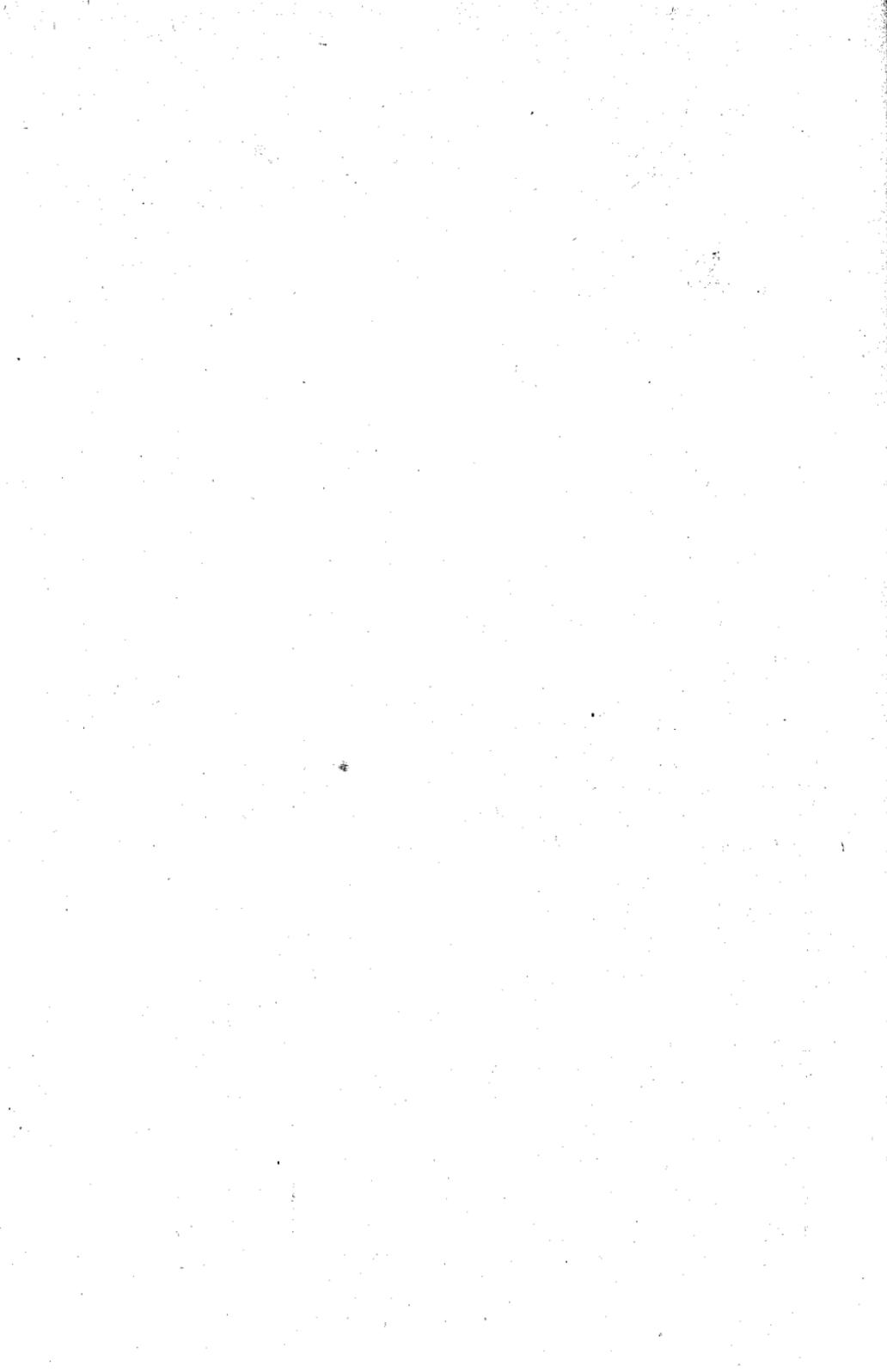


ra todo ciudadano que ame á su patria, el estudio de las cuestiones militares. De aquí se origina ese sentido popular, ese sentido social que domina en las *Nociones del arte militar*, aunque su autor sabía bien, como lo dice en sus cartas y en sus escritos, que no es por este camino como se adquiere en España medro personal. Bien sabía Villamartín que si aquella inteligencia que empleó en escribir sus obras, la hubiese ocupado en otros trabajos, no de tanto brillo, pero sí de mayor utilidad, no hubiese muerto de comandante de reemplazo. Y puesto que el trabajo intelectual no suele conseguir en nuestro país ninguna recompensa oficial, es justo y conveniente que el espíritu público premie su abnegación haciéndole justicia, y que ya que los militares que trabajan y procuran servir á su patria no llegan á los altos puestos de la milicia, siquiera que obtengan por recompensa el aplauso unánime de sus agradecidos conciudadanos.

Yo siento, y voy á terminar, que la dificultad con que me expreso, quizá no haya llevado á vuestro ánimo la convicción del grandísimo mérito que se revela en las obras del comandante Villamartín. Yo siento también que mi falta de elocuencia no haya conseguido inculcar en la conciencia de mis oyentes la idea de la conveniencia, de la altísima conveniencia, de la verdadera necesidad, de que las cuestiones militares sean conocidas, no sólo por los militares, sino por todo el mundo, como vulgarmente se dice. Es triste que la oratoria que en España suele desperdiciarse tanto, que las galas del estilo que suelen emplearse en algunas ocasiones que su uso se considera hasta desastroso, no las tenga á su alcance el que las necesita en momentos como el presente; porque si yo dispusiese de esa palabra fácil y abundosa que tienen tantos oradores, estoy convencido de que al terminar esta conferencia tendríais la convicción firmísima de que Villamar-

tin era un gran escritor digno de eterno recuerdo, y de que su trabajo es merecedor de encomio no sólo bajo el punto de vista científico, sino también bajo el punto de vista moral; porque fuerza de voluntad se necesita para consagrarse al trabajo intelectual en los turbados tiempos que hoy corren, cuando todos conocemos caminos más fáciles y más floridos, que la áspera senda del estudio, para llegar á la cumbre del poder y de la fortuna cortesana.

HE DICHO.



APÉNDICES

I

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La *Bibliografía Militar de España*, del general don José Almirante, se imprimió en 1876. Desde esta fecha á los días en que escribimos estas líneas, mediados de Septiembre de 1887, han transcurrido cerca de once años, y no parece que será inoportuno recordar aquí algunos de los escritos que no se hallan comprendidos en la citada obra bibliográfica, por haberse publicado con posterioridad al año de 1876. Conste, que nada está más lejos de nuestro ánimo, que la idea de presentar un complemento á la *Bibliografía Militar* del Sr. Almirante; puesto que sabemos que cada libro ó folleto de los que vamos á citar, representa veinte ó treinta de que no tenemos noticia. El propósito que guía nuestra pluma al escribir este apéndice, se reduce á justificar los motivos que hemos tenido para citar algunos nombres que aparecen en nuestra conferencia, acerca de Villamartín y los tratadistas de milicia del siglo XIX, y al propio tiempo, subsanar algunos lamentables olvidos que en esta conferencia fácilmente pueden notarse.

Advertimos, que cuando no consignamos más que

el año de la publicación, significa que la obra se imprimió en Madrid. También advertimos, que hemos mencionado algunas obras que ya están incluidas en la *Bibliografía* del general Almirante, porque tratan de organización militar, que es una cuestión de actualidad, digámoslo así, en que es conveniente recordar todo lo que se ha escrito acerca de ella. Los pocos libros referentes á la marina de guerra y su historia, publicados antes del año de 1876 que se verán citados, no se hallan en la *Bibliografía Militar de España*, porque su autor hace siempre premeditada exclusión de todo lo que se refiere á la marina en sus notables escritos de historia de la milicia y de arte de la guerra.

- A. K. T.—*Las reformas militares de España*. 1887.—Se atribuye este folleto al teniente coronel de Estado Mayor don Cárlos Espinosa de las Monteros.
- A. L. E.—*Abolición de las quintas, Amortización de la Deuda y Banco territorial nacional*. 1873.
- Alba (Ramón).—*Higiene militar*. 1885.
- Almirante (El general D. José).—*Proyecto de reglamento para el servicio de guarnición*. 1880.
- Altolaguirre (Angel de).—*Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. 1885.
- Alvarez (El brigadier D. Pedro Pablo).—*Revolución en el ejército español*. Búrgos, 1855.
- Alvarez Alarcón (Mariano).—*Diccionario del soldado*. 1881.
- Alvarez Chacón (Julio).—*Empleos, ascensos y recompensas en el ejército*. 1880.
- Alvear (Cayetano de).—*Discurso leído en el acto de la distribución de premios del certamen en honor del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. 1886.
- Ameller (El brigadier D. Victoriano de).—*Ideas sobre la reforma de la fuerza armada en España*. 1870.
- *El ejército para la patria y el ejército para el rey*. 1887.
- Amí (Castor).—*Critica de la ciencia y de la industria bajo el punto de vista militar*. 1883.

- Anónimo.**—*El ejército sin quintas*. Zaragoza, 1871.
- Anónimo.**—*Organización militar y sistema permanente defensivo de la península española*. 1874.—Se atribuye este libro al oficial de ingenieros Sr. Los Arcos.
- Anónimo.**—*El cuerpo de Estado Mayor del Ejército*. 1886.
- Anónimo.**—*Estudio crítico sobre la última guerra civil*.—En el año de 1882 se publicó el primer tomo de esta obra.
- Aparici** (El brigadier D. José).—*Memorias históricas sobre el arte del ingeniero y del artillero en Italia*, escritas por Carlos Promis y traducidas por... 1882.—Mencionamos esta traducción, porque en las notas que la ilustran, redactadas por el brigadier Aparici, por su hijo el general D. José Aparici y Biedma y por el coronel capitán de ingenieros D. Joaquín de la Llave, se hallan noticias muy interesantes acerca de la artillería y de la ingeniería durante la Edad Media y la época del Renacimiento, singularmente por lo que se refiere á la historia militar de España.
- Aranáz** (Ricardo).—*Guía del oficial de artillería*.
- Arrúe** (Francisco Martín).—*Campañas del duque de Alba*. Toledo, 1879.
- *Breve compendio de historia militar*. 1887.
- *Guerras contemporáneas*. Artículos publicados en la *Revista Científico-Militar*, en los años de 1882 y 1883.
- Araíztegui** (Ramón María de).—*Filosofía y progreso de la guerra*. Pamplona, 1868.
- Astorga** (El brigadier D. Manuel de).—*Observaciones relativas á la obra del brigadier D. Martiniano Moreno, etc.* 1878.
- Auñón** (Ramón).—Discurso preliminar del folleto titulado *El centenario de D. Alvaro de Bazán*. 1887.
- Ayuso** (José).—*Abolición de las quintas*. 1870.
- Aznar** (El brigadier D. Angel).—*Memoria presentada al excelentísimo Sr. General D. Manuel Cathalán*. Zaragoza, 1879.
- Azuela** (Antonio de la) y **Loriga** (Juan).—*Tratado de balística de la artillería rayada*. Segovia, 1881.
- Alas** (Genaro).—*Programas de estudios en las carreras militares*. Artículos publicados en la *Revista Científico Militar*. 1881.

- Arántegui (José).**—*Apuntes históricos sobre la artillería española de los siglos XIV y XV.* Se han publicado varios fragmentos de esta obra en el *Memorial de Artillería.* La Academia de la Historia ha emitido un juicio acerca de los *Apuntes históricos* del Sr. Arántegui que ha sido calificado de *excepcionalmente favorable.* Este juicio aparecerá al frente de la lujosa edición de los *Apuntes históricos sobre la artillería española de los siglos XIV y XV,* que próximamente verá la luz pública.
- Azcárraga (José de).**—*La guerra franco-tunecina.* Artículos publicados en la *Revista Científico Militar.* 1881.
- Banús (Carlos).**—*Política de la guerra.* Barcelona, 1884.
 — *Creación y organización de los ejércitos.* Barcelona, 1885.
 — *Táctica elemental.* 1885.
 — *Organización de los ejércitos de operaciones.* Barcelona, 1886.
 — *Telegrafía militar.* 1886.
- Barado (Francisco).**—*Museo militar. Historia, indumentaria, armas, sistemas de combate, instituciones y organización del ejército español.* Barcelona, imprenta de Evaristo Ullastres, tres gruesos tomos en folio, impreso el primero en 1883, el segundo en 1884 y el tercero en 1886. Esta obra está ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas sueltas, representando monumentos, retratos, relieves, medallas, y otros objetos históricos, dibujados por distinguidos artistas españoles, y reproducciones directas de la época debidos á los más famosos maestros alemanes, franceses, españoles é italianos.
 — *La elocuencia militar.* Barcelona, 1885.
 — *Literatura militar española.* Se ha repartido el primer cuaderno de esta obra histórica, que publica una casa editorial de Barcelona.
- Barbasán (Casto).**—*Tiro de guerra.* 1881.
- Barrios (El brigadier D. Cándido).**—*Nociones de artillería.* 1880.
 — *Tratado elemental de armas portátiles.* 1881.
- Barrios (Leopoldo).**—*Breves apuntes sobre geografía militar de España.* 1883.

- Bazán** (Julio Domingo).—*El poderío de los Aqueménidas*. Barcelona, 1884.
- Becker** (Waldemar de).—*De la reorganización militar de España*. 1882.
- Benítez** (Manuel).—*Recuerdos de la Universidad de Coimbra*. 1883.
- Blanco** (Ramiro).—*El centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. Artículo publicado en la *Revista Contemporánea*. 1885.
- Carta dirigida *Al Excmo Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca*, excitándole á promover la celebración del centenario del insigne caudillo D. Alvaro de Bazán, que se publicó en el número del diario político *La Opinión*, el 14 de Junio de 1887.
- *Biografía de D. Alvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz*. En *La Ilustración Nacional*, meses de Julio, Agosto y Septiembre de 1887.
- *El centenario del primer Marqués de Santa Cruz*. Artículo en *La Ilustración*. 1887.
- Bosch y Pau** (Mariano).—*Cartilla del tirador*. Barcelona, 1878.
- Bruna** (Ramiro de).—*Consideraciones sobre el ferrocarril internacional por Canfranc*. 1882.
- Buesa** (Pedro).—*Comentarios al código penal del ejército*. 1884.
- Baturell** (Carlos de).—*La Infantería española después de la guerra de sucesión*. 1884.
- Berengner** (Pedro A.) y **Barado** (Francisco).—*César en Cataluña. Episodio histórico militar*.
- Berenguer** (Pedro).—*La guerra y su historia*, traducción con notas y apéndices de la obra escrita en italiano por el coronel Marselli. Toledo, 1885.
- Bordón** (Leopoldo).—*El párroco castrense*. 1877.
- Cámara** (El obispo D. Fr. Tomás).—*Oración fúnebre del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*, pronounciada en la basílica de Atocha el 19 de Diciembre de 1884. Madrid, 1885.
- Cano y León** (Manuel).—*Armas portátiles de fuego*.
- Carrasco** (Adolfo).—*Apuntes bibliográfico-artilleros*. Artículos publicados en el *Memorial de Artillería*. 1886.

- Carrasco** (Adolfo).—*La artillería y los artilleros en la prensa periódica del siglo XIX*. Manuscrito inédito.
— *Los ingredientes de la pólvora de guerra*. 1877.
- Carrasco Labadía** (Miguel).—*Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. Véase la *Revista Militar Española*, años de 1886 y de 1887.
- Castillo** (Arturo del).—*El ferrocarril de Canfranc*. Artículo en la *Revista Científico-Militar*. 1881.
- Ceballos Quintana** (Enrique).—*Libro del guardia civil*. 1877.
- Coello y Quesada** (El general D. José).—*Organización territorial militar*. 1886.
- Crestar** (Carlos).—*Reglas sucintas de conducta moral y militar*. 1880.
- Corroza** (Canuto).—*Estudios sobre una ley para el uso general del mar*. Barcelona, 1866.
- Cotarelo** (Arturo).—*Academias de guerra*. 1881.
— *Bocetos militares*. 1882.
- Cervera** (Julio).—*Geografía militar de Marruecos*.
— *Expedición geográfico-militar al interior y costa de Marruecos*.
- Corral** (Ladislao del).—Véase: Hermúa (Jacinto).
- Chacón** (José Ignacio).—*Guerras irregulares*. 1881.
— *Discurso en la inauguración del Centro Militar*. 1886.
- Díaz y Rodríguez** (Manuel).—*Sitio y batalla de Pavia*. 1881.
— *Alejandro*.—*Estudio biográfico-militar*. 1882.
- De Gabriel y Ruíz de Apodaca** (Fernando).—*Tres fechas memorables de Octubre. Descubrimiento de América, Lepanto y Trafalgar*. 1882.
— *La espada y la lira*. 1883.—Poema dedicado á honrar la memoria de los militares escritores.
- Dabán** (El general D. Antonio).—*La Historia de los Regimientos*. Artículo en el número extraordinario de *La Ilustración Nacional*. 1884.
- Elices Montes** (Ramón).—*El gobierno y el ejército de los pueblos libres*. 1878.
- Espina** (Miguel A.).—*La batalla de San Quintín*. Barcelona, 1877.
— *La Civilización y la espada*. Manila, 1887.

- Escalera** (Juan V.)—*Campaña de Cuba*. 1877.
- España y Lledó** (José).—Véase: Señán y Alonso (Eloy).
- Estevas** (Leoncio María).—*La reorganización del cuerpo administrativo del ejército*. 1883.
- Espartaco**.—*Organización militar de España*. 1886.
- *División territorial militar*. 1887. Se dice que es autor de estos escritos el capitán de ingenieros D. Eusebio Jiménez y Lluesma.
- Fernández Bremón** (José).—*Biografía de D. Alvaro de Bazán*. Artículos publicados en *El Liberal* en Julio y Agosto de 1887.
- Fernández Duro** (Cesáreo).—Biografías de los insignes marinos Barceló, el Marqués de la Victoria, D. Jorge Juan, D. Blás de Lezo, el Marqués de Villafranca, D. Antonio de Oquendo, el primer Marqués de Santa Cruz, D. Antonio de Gaztañeta, Juan Sebastián de Elcano, D. Juan de Austria, D. José de Mazarredo y D. Fadrique de Toledo, publicadas en el *Almanaque de La Ilustración Española y Americana* para 1881.
- *Naufragios de la armada española*. 1867.
- *D. Pedro Enriquez de Acevedo, Conde de Fuentes*. 1884.
- *La Conquista de las Azores en 1583*. Madrid, 1885.
- *Cercantes, marino*. 1869.
- Fernández de Navarrete** (Martín).—*Colección de opúsculos*. 1844.
- *Disertación sobre la historia de la náutica*. 1846.
- Fernández de Córdoba** (El general D. Fernando).—Véase Mendigorria (El general Marqués de).
- Ferrer de Couto** (José).—*Historia del combate naval de Trafalgar*. 1851.
- Flórez Estrada** (Alvaro).—*Constitución política de la nación española por lo tocante á la parte militar*. Cádiz, 1813.
- Fuertes Acevedo** (Máximo).—*Vida y escritos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. 1886.
- Fabié** (Antonio María).—*D. Rodrigo de Villandrando, Conde de Rivadeo*. 1882.



- Gándara** (El general D. José de la).—*Ideas sobre disciplina y organización militar*. 1878.
- Garrido Villazán** (Antonio).—*Topografía militar*. 1882.
- Gamayo** (Angel).—*El arte de la guerra. Estudios histórico-militares*. 1877.
- García Martín** (Luis).—*Gibraltar*. Artículos histórico-militares publicados en la *Revista Científico-Militar*, de Barcelona, 1881.
- *Manual de la Guardia civil*. 5.^a edición. 1887.
- Génova** (Juan) y **Barado** (Francisco).—*Armas portátiles de fuego*. 1882.
- Génova** (Juan).—*Estudios acerca del armamento de la infantería*. 1886.
- Goicoechea** (El general D. Miguel de).—*Conferencias sobre arte militar*. La Coruña, 1881.
- Gómez de Arteche** (El general D. José).—*Discurso en elogio del teniente general D. Mariano Alvarez de Castro*. 1880.
- *Juicio de Les leçons de la guerre, de Mr. Desprels*. Barcelona, 1882.
- *De la cooperación de los ingleses en la guerra de la Independencia*. Barcelona, 1887.
- *Guerra de la Independencia*. Se han publicado seis tomos de esta importante obra.
- Gómez Jordana** (Francisco).—*Campaña de Andalucía en 1808*. Madrid, 1883.
- G. P.**—*Necesidad en España del ejército permanente*. Valencia, 1820.
- González de Mesa** (Narciso).—*Influencia de las guerras en la civilización de los pueblos*. Habana, 1884.
- Gracia** (Joaquín).—*Justicia militar*. Tercera edición. 1880.
- Guiu** (Estanislao).—*Prontuario de Artillería*. 1882.
- Guzmán** (Antonio).—*Tratado elemental de derecho militar*. 1882.
- Guzmán** (José).—*Abolición de quintas y reforma del ejército*. 1869.
- Hermida** (Germán).—*Nociones elementales de táctica militar*. 1881.

- Hermua** (Jacinto).—*La evolución técnica en el cuerpo administrativo del ejército*. 1884.
- *Cervantes, administrador militar*, con un prólogo de D. Ladislao del Corral. 1879.
- Hernández Raimundo** (Pedro).—*Compendio de historia militar de España y de Portugal*. 1881 á 1883.
- Hernández Poggio** (Ramón).—*La guerra separatista de Cuba en el concepto de la higiene militar*. 1883.
- Herrera** (Ernesto).—*Itinerario geográfico de Navarra*.
- Huesca** (Federico).—*Diccionario hípico y del sport*. 1881.
- Izquierdo** (El general D. Rafael).—*Algunas ideas sobre reorganización del ejército*. 1869.
- Izaguirre** (Juan).—Véase: López Lozano (Miguel).
- La Canal** (Ricardo de).—*Cartilla de tiro*.
- La Iglesia** (Eugenio de).—*Recuerdos de la guerra civil*. 1878.
- *El capitán de corazas D. Diego Enriquez de Villegas*. 1884.
- *La educación militar de la juventud*, por... con una carta-prólogo de D. Federico de Madariaga. 1884.
- *Apuntes para un proyecto de asimilación de las tácticas*. 1877.
- La Llave** (Joaquín de).—*Fortificación de campaña*. 1881.
- *La organización del ejército según la proponía el Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. 1884.
- *La biblioteca del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. Edición barcelonesa de las *Reflexiones Militares*. 1884.
- La Llave** (El general D. Pedro de) y **Martínez** (el capitán de artillería D. Guillermo).—*Grabados y lemas de armas blancas*. 1882.
- La Peña** (Nicolás de).—*Proyecto de ley de reorganización del ejército*. 1872.
- La Sala** (Mario de).—Véase: Vallejo (El brigadier D. Luis de).
- Labra** (Rafael María de).—*Las armas en Madrid*. 1880.
- Landa y Alvarez de Carballo** (Nicasio de).—*Estudios sobre la táctica de Sanidad Militar*. 1880.
- Lossada** (Fernando).—*Manual práctico de telegrafía militar*. 1886.

- Loriga** (Juan).—Véase: Azuela (Antonio de la).
- Lasso de la Vega** (Jorge).—*La Marina Real de España*. 1857.
- López Domínguez** (El general D. José).—*San Pedro de Abanto y Bilbao*. 1877.
— *Cartagena*. 1878.
— Carta-prólogo de *Las llaves del Estrecho*. 1882.
- López Lozano** (Miguel) é **Izaguirre** (Juan).—*Estudio sobre la campaña de los ingleses en Egipto*. 1882.
- López y Novella** (Julián).—*Novísimo manual de procedimientos juridico-militares*. 1880.
- López Pinto** (El general D. José).—*La isla Cabrera*. 1880.
- López Pinto** (El general D. Victoriano).—*Memoria sobre los intereses generales del país y especiales de las colonias africanas*. Ceuta, 1877.
- Lozano** (Fernando).—*Transformación de la Administración Militar*. 1878.
— *Fundamentos de la enseñanza militar*. 1878.
— *La cuestión de la Academia general militar*. 1879.
— *Reorganización de la administración de guerra en España*. 1882.
- Llacayo** (Augusto).—*Manuscritos de historia, ciencia y arte militar existentes en la biblioteca del Escorial*. Sevilla, 1878.
- Llanos** (Adolfo).—*La batalla del Callao*. Méjico, 1876.
— *La dominación española en Méjico*. Colección de artículos de polémica. Méjico, 1878.
- Madariaga** (Federico de).—*En el cuarto de banderas*. 1883.
— *Apuntes históricos acerca de la marina militar española*. Cádiz, 1866.
- Madariaga** (Juan de).—*Vida y escritos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. 1886.
- Mariátegui** (Eduardo de).—*El capitán Cristóbal de Rojas*. 1880.
— *Apología en exaltación y favor de las fábricas del reino de Nápoles, por el ingeniero español, comendador Escribá*. 1879.
- Martínez Monje** (Luis).—*La razón de la guerra*. 1879.

- Martínez Pérez** (Francisco).—*Proyecto de organización militar*. 1871.
- Martínez Plowes** (El general D. Juan).—*Pensamientos sobre la organización del ejército español*. 1866.
- Martínez de Velasco** (Eusebio).—*Guadalete y Covadonga*, 1879.
- Martínez** (Guillermo).—Véase: *La Llave* (El general D. Pedro de).
- Martínez** (Dimas).—Véase: *Rosal* (Antonio del).
- Más** (Leoncio).—*Lecciones sobre el servicio y empleo táctico de la artillería en campaña*. 1882.
- Mathé** (Felipe).—*La industria militar pintada por sí misma*. Barcelona, 1887.
- Mendigorría** (El general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de).—*Mis memorias íntimas*. Se ha publicado el primer volumen de esta obra en el pasado año de 1886.
- Michel y Osma** (Miguel).—*El guía del artillero*. 1884.
- Milans del Bosch** (El general D. Lorenzo).—*Proyecto de una nueva organización del ejército español*. 1873.
- Mojados** (Sebastián).—*Ensayo sobre las instituciones militares de los pueblos*. Valladolid, 1851.
- Moltó** (El general D. Remigio).—*Necesidad de los ejércitos permanentes*. 1871.
- Moreno** (El brigadier D. Martiniano).—*Estudios sobre la táctica de infantería*. 1878.
- Moreno y Churrua** (Manuel).—*Compendio de táctica aplicada*.
- Morales y Gaspar** (Patricio).—*Indicaciones sobre la reorganización del ejército español*. Zaragoza, 1870.
- Morales** (Pedro de).—*Conferencias sobre teoría del tiro*. 1886.
- Morquecho** (El brigadier D. Dionisio).—*Campañas del emperador Napoleón I en Prusia y Polonia*. 1877.
- Moya** (Francisco J. de).—*Las islas Filipinas en 1882*.
- Muñiz** (José).—*Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos*. Anotadas é ilustradas. 1880.
- *Diccionario de legislación militar*. 1877.
- Nava Méndez** (Mariano de).—*Tratado de procedimientos militares criminales*. 1878.
- Navarrete** (José).—*Las llaves del estrecho. Estudio sobre la re-*

- conquista de Gibraltar*, por... con una carta-prólogo del Excmo. Sr. Teniente General D. José López Domínguez. 1882.
- Navarro** (Modesto) y **Berenguer** (Pedro A.).—*Notas de historia militar*. Toledo, 1886.
- Navarro** (Modesto).—*La campaña del Moskora*.
- Navarro Muñoz** (Fabián).—*Apuntes para un ensayo de organización militar en España*. 1883.
- Negrín** (Ignacio de).—*Elementos de administración de marina*. 1861.
- Novo y Colson** (Pedro de).—*Historia de la guerra de España en el Pacífico*. 1883.
- Ochando** (El brigadier D. Federico).—*Memoria sobre algunas reformas en el reglamento de Carabineros*. 1884.
- Ortíz de Zárate** (Baltasar).—*El ejército y la cultura popular*. 1882.
- Olavarría** (Eugenio de).—*Reformas en la enseñanza y en el profesorado*. Artículos publicados en la *Revista Científico-Militar*, de Barcelona. 1882.
- Olave** (Serafín).—*Bases para la reforma de la fuerza armada en España*. 1871.
- *El Pacto político*. 1878.—Este libro contiene dos apéndices en que se tratan varias cuestiones militares.
- Oliver-Copons** (Arturo de).—*D. Pedro Calderón de la Barca y su tiempo*. Véase el número extraordinario publicado por el *Memorial de Artillería*, para contribuir á las solemnidades del centenario de Calderón. 1881.
- *Cartilla para los Jefes de pieza de los regimientos de artillería de campaña*. 1881.
- Ordax** (Alfonso).—*Insurrecciones y guerras de barricadas*. 1879.
- *La guerra*. Artículos publicados en la *Revista de España*. 1887.
- Ortíz de Pinedo** (Domingo).—*Historia de España*. 1881.
- O'Ryan** (El general D. Tomás).—*Guerra de Oriente*. 1886.
- Osuna** (El general señor Duque de).—*Sistema militar para España, etc.* Cádiz, 1813.

- Palacio** (El general D. Romualdo).—*Proyecto de organización del ejército*. 1886.
- Pardo Saavedra** (El brigadier D. Víctor).—*Proyecto de organización del ejército*. 1872.
- Pavía** (El vicealmirante D. Francisco de Paula).—*Galería biográfica de los generales de marina*. 1873.
- Pavía** (El general D. Manuel).—*Ejército del Centro*. 1878.
— *Pacificación de Andalucía*. 1878.
— *Cuatro palabras á los folletos de los Excmos. Sres. Tenientes Generales D. José de los Reyes y D. Francisco Serrano, Bedoya*. 1878.
- Pérez de la Sala** (Pedro).—*Apuntes sobre la abolición de quintas*. 1873.
- P. F. D.** (¿Prudencio Francisco Diez?)—*Sistema radical de organización de la fuerza pública*. 1872.
- Prieto** (Emilio).—*Sobre el terreno. Bocetos de la vida de campaña*. 1880.
— *La defensa de Orán. Canto épico*. 1884.
— *Apuntes para un juicio de las Reflexiones Militares*. 1885.
- Primo de Rivera** (El general D. Rafael).—*Las economías en los gastos públicos*. 1871.
- Pedregal Prida** (Francisco).—*Gimnástica civil y militar*, por... con un prólogo de D. José Navarrete.
- Palau** (Ambrosio).—*Nociones de estrategia*. 1879.
- Pazos** (Pío A. de).—*Joló. Relato histórico-militar*. 1879.
- Pedraza** (Pedro) y **Banús** (Carlos).—*El terreno y la guerra*. 1880.
- Piñana** (Cristóbal).—*Apuntes sobre organización del arma de caballería*. Artículos publicados en la *Revista Científico-Militar*. 1884.
- Población** (Antonio).—*Historia orgánica de los hospitales y ambulancias militares*. 1880.
- Porta Solans** (Antonio).—*Consideraciones sobre la Administración Militar en campaña*. 1877.
- Quadrado** (El capitán de navío D. Francisco de Paula).—*Elogio histórico del Excmo. Sr. D. Antonio Escaño*. 1852.
- Rebolledo** (José Antonio).—*Los héroes de la civilización*. 1879.

- Rey** (Enrique Vicente del).—*Reseña orgánica de la infantería española*. 1879.
— *Milicias y reservas españolas*. 1880.
- Reyes** (El general D. José de los).—*Refutación á las aseveraciones erróneas hechas por el teniente general D. Manuel Pavía en un libro titulado: Ejército del Centro*. 1878.
- Ribó** (José Joaquín).—*Historia de los voluntarios de Cuba*.
- Rodríguez Villa** (Antonio).—*Noticia biográfica de D. Sebastián Fernández de Medrano*. 1882.
— *Historia de la campaña de 1647 en Flandes*. 1884.
— *El Duque de Alburquerque en la batalla de Rocroy*. 1884.
- Rodríguez y Suárez** (Aureliano).—*Administración de los ejércitos en campaña*. Barcelona, 1881.
- Romero Aguirre** (Luis).—*Guía geográfico-militar de España*.
- Romero Quiñones** (Ubaldo).—*Ideal del ejército*. 1884.
- Roncal** (Joaquín).—*Breve instrucción para uso de los fiscales y escribanos militares*.
- Rosado** (Rafael).—*La mejor de las virtudes militares*. Habana, 1883.
- Rosal** (Antonio del) y **Martínez** (Dimas).—*Infantería. Reformas en su organización y reglamentos tácticos*. 1879.
- Rosell** (Cayetano).—*Historia del combate naval de Lepanto*. 1853.
- Ruiz Martínez** (Cándido).—*El ejército y la política*. Artículo en la *Revista de España*. 1887.
— *La Guerra factor del progreso*. 1884.
- Ruiz de Quevedo** (Eugenio).—*Abolición de las quintas*. 1871.
- Salas** (El capitán de navío D. Javier de).—*Marina española*. 1865.—Este libro es una contestación escrita de real orden al de D. Canuto Corroza, citado en el lugar que le corresponde.
— *Historia de la matrícula de mar*. 1870.
— *Marina española de la Edad Media*. 1864.
- Salas** (El teniente coronel de artillería D. Javier de).—*Estudio de historia militar*. Barcelona, 1878.
— *Nociones acerca del empleo de la artillería en campaña*. Barcelona, 1879.

- *La civilización griega y la ciencia militar de los griegos.*
- *Portugal.* Barcelona, 1880.
- *Manual para las academias de los regimientos de artillería.*
- *Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.* Edición de las *Reflexiones Militares*, hecha en Barcelona en 1884.

Además de estas obras el teniente coronel Sr. Salas ha publicado multitud de artículos en la *Revista Científico-Militar*, de Barcelona.

- Saleta** (Honorato de).—*Agricultura y armas.*
- Salinas** (Ignacio).—*Exposición de las funciones del Estado Mayor en paz y en guerra.* 1883.
- San Juan** (El teniente coronel D. Pascual y el capitán D. José).—*Consideraciones sobre la necesidad de los ejércitos permanentes.* 1871.
- San Román** (El general Sr. Marqués de).—*El Estado militar de España y sus necesidades.*—Artículos publicados en la *Revista Hispano-Americana*, en 1881.
 - *Campanñas del general Oráa.* 1884.
- Sanz Martínez** (Julián).—*Resumen histórico de la guerra de la Independencia española.* 1881.
- Santoja y Díaz-Perona** (Antonio).—*España en el Riff.* Tudela de Navarra, 1880.
- Señán y Alonso** (Eloy).—*Don Diego Hurtado de Mendoza.* Apuntes biográficos por... con un prólogo de D. José España y Lledó. Granada, 1886.
- Sotomayor** (Fernando A. de).—*Consideraciones en que puede basarse la organización de nuestra artillería de campaña,* 1881.
- Serrano Bedoya** (El general D. Francisco).—*El General en Jefe del ejército del Centro y el Ministro de la Guerra en Septiembre de 1874.* Madrid, 1878.
- Seco y Shelly** (Manuel).—*La pluma y la espada.* 1877.
- Sichar** (Miguel).—*Consejos de guerra.* Segunda edición. 1879.
- Somoza** (Manuel).—*Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.* Se publicó en el *Memorial de Artillería.* 1885.
- Soroa** (José M. de).—*Lecciones de fortificación de campaña y permanente.*

- Salazar del Valle** (Luis).—*Telegrafía militar*. 1878.
- Sánchez de la Campa** (Luis).—*La obediencia militar*. Artículo publicado en la *Revista Científico-Militar*. 1881.
- Serrate** (José María).—*Batalla de Muret*. 1881.
- Suárez de Figueroa** (Augusto).—*Las reformas de guerra*. 1887.
- Suárez de la Vega** (José).—*Manual elemental de la fortificación en el campo de batalla*.
- Suárez Inclán** (Julián).—*Las naciones ibéricas*. 1884.
- Taylor** (Tomás L.).—*Los ferrocarriles en la guerra*. Barcelona, 1885.
- T. O.**—*El general Martínez Campos en Cuba*. 1878.
- Torre-Mata** (El general Sr. Conde de).—*Proyecto de organización de la reserva del ejército*. 1867.
- Torres** (Benito).—*Hipología militar*. Valladolid, 1887.
- Tournelle** (Felipe) y **Cotarelo** (Arturo).—*Rusia y Turquía, Apuntes geográficos, históricos y militares*. 1877.
- Tournelle** (Felipe).—*Manual del servicio de la caballería ligera en campaña*. Segunda edición. 1880.
- Un oficial de artillería**.—*Los principios de elección y de antigüedad en su aplicación á los ascensos de los jefes y oficiales del ejército*. 1886. Se atribuye este libro al coronel de artillería D. Enrique Buelta.
- Ugarte** (Juan de).—*Cuadro de las dimensiones y pesos de las armas portátiles de fuego de las principales naciones*.
- Ubeda** (Manuel).—*Apuntes de telegrafía militar*. Toledo, 1885.
- Vallecillo** (Antonio).—*Apología de Villamartin*. 1880.
- Vallejo** (El brigadier D. Luis de).—*Consideraciones sobre el servicio de campaña*, por... con un prólogo del coronel de artillería D. Mario de la Sala. 1884.
- Vallés** (Camilo).—*El fusil de infantería*. 1880.
— *Estudios sobre organización militar de España*. 1881.
— *El fuego de la infantería en el combate moderno*.
- Varona** (Cándido).—*Compendio de historia militar de España*. 1877.

- Vasallo y Roselló** (Rafael).—*Apuntes sobre el estudio del arte de la guerra y de la historia militar*. 1880.
- Vargas y Ponce** (José).—*Vida de D. Pedro Niño, primer conde de Buelna*. 1807.
- Vives** (Ignacio).—*Algunas consideraciones acerca del servicio farmacéutico militar*. 1887.
- Vidal** (Gabriel).—*Estudio sobre obuses y morteros rayados*.
- Villalba** (Carlos).—*Elementos de geografía universal*. 1882.
- Villalba** (José).—*Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. Se publicó en los *Estudios Militares*. 1884.
- Villaseñor** (Ricardo).—*Organización militar universal*. 1880.
- Walls** (Isidoro).—*Reflexiones sobre el combate moderno*. Habana, 1884.
- Weil** (Alfredo).—*Un soldado de España*. Artículos publicados en los tomos 96 y 97 de la *Revista de España* donde se relata la vida y muerte del primer conde de Fontaine, Mr. Pablo Bernardo de Fontaine, á quien durante mucho tiempo se ha confundido con D. Pedro Enriquez de Acevedo, primer conde de Fuentes de Val de Opero, y después, por cambio de denominación, conde de Fuentes de Castilla.
- Ximenez de Sandoval** (El general D. Crispin).—*Guerras de Africa en la antigüedad*. 1881.
- Yerro** (Luis Martin del).—*Historia y descripción del palacio de Buenavista*. 1884.
- Zarazaga** (Manuel).—*El Marqués de Santa Cruz de Marcenado y el arte de fortificar*. 1884.

II

UNA VISITA AL SEPULCRO DE VILLAMARTÍN

Cuatro días antes de que se cumplierse el cuarto aniversario de la muerte del insigne Villamartín, en la mañana del día 12 de Julio de 1876, visitamos la modesta sepultura donde en aquel entonces yacían sus restos mortales; y al poco tiempo de haber terminado esta visita, al llegar á nuestra casa de vuelta del cementerio de la Patriarcal, escribimos algunas cuartillas, que titulamos, *Una visita al sepulcro de Villamartín*, y decían así:

Allí está: en un muro que forman simétricas líneas de mortorios nichos, se vé una sencillísima lápida de mármol negro, y en ella, bajo el signo de la cruz cristiana, se leen estas palabras:

DON FRANCISCO VILLAMARTIN

16 DE JULIO DE 1872

R. I. P.

Una corona negra, atada con un lazo de cinta negra también; una corona negra en cuyo centro se halla puesta una flor marchita, deshojada, destruida casi del todo por los rigores y el trascurso del tiempo, sombrea el mármol de su tumba. Quizá aquella corona es el último recuerdo de la ternura de una mujer; quizá la amistad le ha consagrado aquel recuerdo: de

todos modos, aquella corona simboliza en su color la oscuridad de la muerte; y aquella flor, aquella *siempreviva*, marchita y deshojada, parece decir que también muere el sentimiento, que hasta el recuerdo también desaparece.

Cerca del modestísimo nicho de segunda clase—señalado con el núm. 221, en la segunda galería del segundo recinto del cementerio de la Patriarcal—que guarda los restos mortales del insigne Villamartin, se hallan soberbios panteones familiares, decorados con blasones nobiliarios, en cuyas fastuosas lápidas se leen esos tratamientos oficiales de *ilustrísimo* y *excelentísimo*, que vanamente pretenden sustituir á las calificaciones de *ilustre* y *excelente*, que en la tierra solo puede conceder el tribunal de la historia, que en otro mundo mejor sólo podrán ser sancionadas por la justicia de Dios.

En el mismo muro donde está el nicho de Villamartin, se halla otro, el señalado con el núm. 157, que guarda los restos mortales de un escritor contemporáneo, no exento de cierto mérito, en cuya lápida se lee una inscripción en un todo semejante por su sencillez á la que anteriormente dejamos copiada. Dice así:

DON ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ

24 DE OCTUBRE DE 1871

R. I. P.

En el centro del cementerio de la Patriarcal se alza un monumento sepulcral, que se ha construido allegando fondos por medio de una suscripción pública, destinado á guardar en su seno los restos mortales del primero de nuestros poetas líricos contemporáneos, del inmortal cantor de *La Imprenta*. Si la España del siglo xvii dejó perder las cenizas del autor de *El Quijote*, la España del siglo xix, honrando por medio de una suscripción nacional la memoria de Quintana, prueba que al través de sus desventuras, sabe contribuir á la obra del progreso de la humanidad rindiendo tributo de entusiasmo á los reconocidos merecimientos literarios del gran cantor de la libertad y de las más gloriosas conquistas de la civilización contemporánea.

Semejante á la idea que inspiró á los que iniciaron la suscripción para costear el sepulcro monumental del laureado Quintana, fué la que nosotros concebimos para que el ejército español pueda mostrar, honrando los inanimados restos del ilustre escritor militar D. Francisco Villamartín, *que la tumba es el trono del genio y su reino la memoria de los siglos.*

Indicamos en la carta que vió la luz pública en *El Correo Militar* la conveniencia de salvar del olvido los restos mortales del comandante Villamartín por medio de una suscripción que sirviese para costearle una sepultura, en cuya lápida se consignase el tributo de admiración que le rendían sus compañeros de armas, porque todo lo que nosotros hubiésemos podido hacer personalmente, y aún contando con la valiosa cooperación del ilustrado director de dicho periódico, nunca hubiese llegado á alcanzar la significación colectiva del ejército español, que es en lo que consiste el verdadero honor que corresponde á la imperecedera memoria del autor de las *Noções del arte militar.*

.....

Hoy, 12 de Julio de 1876, al recorrer el cementerio en que se halla enterrado el comandante Villamartín, al apuntar en nuestra cartera la breve inscripción que señala su sepulcro, ¡cuántas y cuántas ideas se agolpaban á nuestra mente! Sonaban las doce del medio día: un sol abrasador alumbraba aquella ciudad de muertos; la luz, el calor, la vida en el espacio; la corrupción, la oscuridad, la muerte en la tierra. El cielo azul y el canto de las aves que se guarecían del sol entre los árboles del cementerio, parecía como una apoteosis de la naturaleza, fría é indiferente siempre ante todas las perturbaciones y ante todos los cataclismos del mundo moral.

Si, el naturalista nos dirá, y quizá nos probará, que la muerte no es más que la vida que se transforma; pero esa transformación rompe los lazos del cariño, separa á los seres que se aman, y en el mundo moral la muerte no engendra la vida; cuando el sentimiento destruye la razón, aparece la locura, que es la muerte de la racionalidad en el sér humano.

¡La muerte! Si la vida del sér humano es eterna, ¿para qué morir y cambiar de forma? Si la vida del sér humano es limitada, si solo dura el breve espacio que cruza por la tierra,

¿para qué nacer? ¿Para qué soñar en lo absoluto, en lo eterno, en lo perfecto? No; no es posible que exista pensamiento sin realidad, aspiración sin finalidad. Hamlet no vió la verdad; morir, no es dormir; morir, no es soñar; morir es renacer.

¡La muerte! La vida es una muerte sucesiva. Cada instante que transcurre desaparece para siempre en el insondable abismo de lo pasado. El joven lleva en sí mismo el cadáver del niño; el hombre de edad madura ha visto morir ya á su niñez y á su juventud; el anciano que llega á la decrepitud, sobrevive á la muerte de la armonía entre lo físico y lo moral, que es lo que constituye la verdadera vida del sér humano: un cadáver á quien anima una inteligencia: esto y no más es un anciano decrepito.

¡La muerte! ¡Contradicción inexplicable! Si la muerte es una realidad esencialmente contraria á la vida, ¿cómo concebir la esencia del sér divino, la unidad absoluta en Dios, si esta unidad se halla rota por dos realidades esencialmente contrarias? Si la muerte y la vida son aspectos de una misma esencia, si es lo mismo la vida que la muerte, ¿dónde hallar la distinción entre el bien y el mal, entre lo que es y lo que parece? Con la misma lógica que afirmamos que la vida y la muerte son aspectos de una misma esencia, podemos decir que lo bello y lo feo, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, son oposiciones aparentes y realidades esencialmente idénticas: *todo es uno y lo mismo*, que dijo un filósofo alemán.

Al llegar aquí, ponemos término á este escrito; porque comenzamos á recelar, si dominados por la impresión que nos ha producido el espectáculo que presenta un cementerio de la capital de España, alumbrado por los esplendorosos rayos del sol de Julio, de ese espectáculo contradictorio, en que se vé tanta vida en los infinitos cielos y tanta muerte en la limitada tierra, quizá estaremos escribiendo algo semejante á lo que en cierta ocasión le hacía exclamar al escéptico Espronceda:

Cuanto diciendo voy se me figura
Metafísica pura,
Puro disparatar, y ya no entiendo,
Lector, te juro, lo que voy diciendo.

